



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA**

**“REFLEXIONES EN TORNO A LA
NOCIÓN DE IDENTIDAD”**

TRABAJO ELABORADO PARA OBTENER EL GRADO DE

LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

POR:

VILLEGAS ORTIZ FRANCISCO GABRIEL

No Cuenta: 01074768

GENERACIÓN: 1995

OPCIÓN DE TITULACIÓN: **TESINA**

ASESORES: MTRA. IRENE AGUADO HERRERA

LIC. MARIO DÍAZ CONTRERAS

MTRA. MA. DEL PILAR JIMÉNEZ SILVA





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Irene Aguado Herrera:

Te agradezco enormemente tu paciencia y sobre todo el que me compartieras conocimientos y experiencias con relación a éste proyecto que decidí emprender y que, tras largos periodos de ausencias pude, por fin, concretar.

A Mario Díaz Contreras:

Muchas gracias por tus comentarios y por tus silencios, pues los viví como un espacio donde tenía la oportunidad de crecer.

A Pilar Jiménez Silva:

El tiempo real fue poco más el tiempo de producción intelectual suficiente, te agradezco que aceptaras formar parte de éste trabajo y que compartas tus ideas con la gente.

A mi familia:

Madre: te amo y estoy muy agradecido contigo por todo lo que me haz brindado.

Padre: tu sombra ha representado mucho para mí.

Abuela: tu semilla del amor al prójimo sigue dando frutos en mí.

Hermanas: Las amo y admiro su fortaleza, sé que no he sido el mejor hermano pero soy el único que tienen y se aguantan. Las amo profundamente.

A mi familia en general: no dejemos de luchar por lo que queremos.

“... no sé si exista el deseo más sé que es así
pues tu mano pensante me lo ha hecho saber
y la boca seca me lo recuerda”.

Moni:

**Te dedico ésta obra con mucho amor, respeto y
admiración.**

Desde que te conozco me haz inspirado.

Tuyo, Paco.

“REFLEXIONES EN TORNO A LA NOCIÓN DE IDENTIDAD”

ÍNDICE

RESUMEN.....	1
INTRODUCCIÓN.....	2
CAPÍTULOS	
I.- <u>REFLEXIONES EPISTEMOLÓGICAS</u>	8
1.1 Nociones ontológicas: ¿Esencia y apariencia?	9
1.2 Nociones epistemológicas: El problema del Sujeto y del Objeto.	12
II.- <u>LA IMPORTANCIA DEL LENGUAJE</u>	20
2.1 Breves ideas sobre el lenguaje.....	21
2.2 Relación del sujeto con el lenguaje.....	28
III.- <u>CONSIDERACIONES SOBRE EL VÍNCULO</u>	33
<u>ENTRE SUJETO Y SOCIEDAD</u>	
3.1 Relación sociedad-sujeto.....	35

3.2 Relevancia del lenguaje en la relación sujeto-sociedad.....	38
IV.- <u>CONSIDERACIONES EN TORNO A LAS NOCIONES DE IDENTIDAD VS IDENTIFICACIÓN</u>.....	42
4.1 Análisis del concepto de identificación..... (en la obra de Freud)	45
4.2 Reflexiones sobre la noción de identidad.....	57
 CONCLUSIONES.....	 63
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	 68

RESUMEN

La noción de identidad actualmente remite a distintos campos teóricos que la conciben de manera específica, sin embargo, en el presente trabajo la abordaremos desde el Psicoanálisis dado que, creemos, no se circunscribe meramente a un hecho individual y conciente. He aquí las razones que nos han llevado a proponer a la Identidad como una especie de “precipitado” de identificaciones y que, por ende, no puede existir al margen de los otros, de lo social.

Precisamente en este intento nuestro por reflexionar sobre el concepto de Identidad lo hemos abordado desde la noción de Identificación, término de más arraigo en el Psicoanálisis y para lo cual recurrimos a ciertas ideas acerca de la subjetividad, del lenguaje, de lo social, del sujeto y del objeto, mismas que nos adentran en la perspectiva psicoanalítica para, así, rescatar de la obra de Freud aquello que nos permita pensar sobre lo que ocurre en eso que llamamos Identidad.

En fin, al ver a la Identidad como perteneciente a un sujeto nos exponemos a la problemática misma del sujeto y de la subjetividad así como a su relación con lo social, cuestión relevante en nuestros días dado que, al parecer, estamos atravesando por lo que se podría llamar una “crisis” sociopolítica o de legitimidad que sin duda repercute en el sujeto y que es crucial en su constitución.

INTRODUCCIÓN

“El núcleo de nuestro ser está constituido, pues, por el oscuro ello...” (Freud, 1938; p. 199).

“La sociedad debe definir su ‘identidad’, su articulación, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y deseos...sin estas ‘definiciones’, no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura pues todo quedaría en caos indiferenciado. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar.. una respuesta” (Castoriadis, 1983; p. 254).

Algo semejante puede decirse respecto al individuo, al sujeto que se pregunta por sí mismo, que debe definir su identidad para existir, para no ser caos indiferenciado y necesita para hacerlo de los demás, de la sociedad, de lo social.

Así, tenemos que cada sociedad define y elabora una imagen del mundo; imagen del mundo e imagen de sí mismo están siempre vinculadas: la sociedad y el sujeto (la identidad del sujeto en nuestro caso) están evidentemente ligados.

Relacionado con esto podemos retomar a Mandoki (1992) pues, aunque sus reflexiones se sitúan en un plano distinto, nos ayudan a ejemplificar lo anterior dado que comenta que Egipto es (fue) el lugar de la identidad henchida (tumbas erigidas para conservar la identidad de los individuos más allá de la muerte); que en el medioevo la identidad giraba en torno a Dios por lo que era una identidad moral y que en el Renacimiento comenzaba a haber una gran invención de identidades y que es a partir de ahí que se va vislumbrando lo que en la Modernidad y Postmodernidad acontece. Al respecto, Vilar (1996), expresa que con el surgimiento del Renacimiento, la cultura urbana, la secularización, la ciencia moderna, los viajes, la economía capitalista, la Reforma protestante y muchos otros fenómenos complejos, el individuo moderno ha perdido las certezas y se halla confrontado a su propia subjetividad; lo cual se debe a que “el

relativismo y la incertidumbre pasan a primer plano y nos enfrentan a la inseguridad y a la necesidad de tomar decisiones” (Aguado, Avendaño y Contreras, 1997; p. 7).

Expliquémonos, la ideología moderna se ha ido caracterizando como individualista en el sentido de que valora al individuo “como ser independiente, autónomo y, por consiguiente, no social” (Birulés, 1993; p. 39) y con esto parece que el sujeto se divorcia, se opone a lo que antes le servía como entidad referencial, identificatoria; así “sin tótem ni patriarca, sin dios ni héroes, la identidad es decapitada para dar lugar a combinatorias cifradas por la convención” (Mandoki, op. cit; p. 176).

Además, si consideramos que estamos constituidos por lo que nos viene de afuera (Aguilera, 1993), que es en lo externo donde parece haber cierta permanencia (de objetos y espacios) y de la que puede inferirse identidad al establecer una relación con ello (Mandoki, op. cit.) no queda más que preguntarnos qué pasa con la identidad cuando la sociedad y el mundo se experimentan como algo inestable e inmersos en una rápida transformación (Aguado, Avendaño y Contreras, op. cit.).

En fin, “podríamos suponer que en este tipo de sociedades, de cambios tan rápidos como violentos el problema de la subjetividad (del sujeto, de la identidad) aparece permanentemente a manera de síntoma, de obstáculo, de motor, de proyecto, etc.” (Casanova y Manero, 1990; p. 11). Al vincular la subjetividad, al sujeto y a la identidad no podemos separar a esta última como problemática ligada a la de lo que se ha denominado “el retorno del sujeto” en sociología y antropología (Giménez, 1992) pues, si bien implican otro nivel de reflexión, representa una posición contraria al espíritu científico moderno dominante que la negaba y al negar al sujeto y a la subjetividad “niega” la posibilidad de devenir como tales, aun y cuando pueda producir identidades “por números y fórmulas” (Mandoki, op. cit; p. 174). Sin embargo, ¿Qué clase de identidad es ésta?

Mandoki (ibid) puede ayudarnos a comprender esto al expresar que hoy las identidades “escrupulosamente fabricadas salen al mercado como cualquier mercancía; no

importa que se trate de identidades de objetos o sujetos: el proceso es el mismo” (p. 177, subrayado mío).

No obstante, hay reacciones contra ese proceso y que se evidencian, por ejemplo, en las protestas de grupos minoritarios ante una identidad que se les quiere imponer; en las resistencias populares e indígenas para quienes sobrevivir significa mantener su continuidad como pueblo y afirmar su especificidad cultural, siendo para ellos una lucha para ser, para existir (Devalle, 1997); tales reacciones podrían observarse también en los problemas de antisocialidad puesto que, a veces, más vale ser alguien 'malo' que no ser nada.

En breve, los sujetos existen por una sociedad que les preexiste y que les constituye y tal sociedad, a su vez, existe en sujetos que la producen y que la portan. Las problemáticas sociales son vividas por los individuos, se reflejan en ellos aun y cuando no puedan dar cuenta de ello, sino a través de síntomas, de malestares, de problemáticas individuales con las que frecuentemente nos encontramos en la práctica psicológica.

Con lo anterior vislumbramos lo indispensable que resulta conocer y reconocer los aspectos sociales que sirven de contexto a las problemáticas personales que se presentan ante el psicólogo; pero no es una mera cuestión de conocimientos formativos y “autoformativos” sino también de saberes que involucran al otro. Ahora bien ¿Cómo concebimos al otro?, ¿Qué lugar le asignamos?, ¿Qué esperamos de “él”?, ¿Qué postura tenemos ante su demanda? ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos?

Es en este marco que pretendemos reflexionar sobre el tema de la identidad, tomándolo como eje central para pensar lo social y lo subjetivo, para "unir" lo público y lo privado (aunque nunca han estado separados); para tratar de devolver al individuo su papel de actor social lo cual nos lleva a situar a la psicología como una postura no neutral sino con ciertas tendencias ideológico-políticas, sociales, epistemológicas y hasta filosóficas,

debido a que la práctica psicológica tiene efectos, es decir, que da lugar a una serie de fenómenos sociales al permear a la sociedad de manera específica (Manero, 1990).

Lo anterior implica repensarnos, cuestionarnos y preguntarnos por el lugar desde el cual hablamos y escuchamos como psicólogos, cuestión por supuesto ya abordada pero que, creemos, merece permanecer abierta.

He aquí uno de los puntos relevantes y a la vez 'incómodos' del porqué abordar el tema de la identidad desde el discurso psicoanalítico pues nos pone frente a la diversidad y ante lo propiamente humano: la subjetividad y representa también una manera de afrontar las situaciones sociales en las que convivimos actualmente. Por ello nuestro pensar sobre la identidad puede verse también como una "construcción", o mejor aun como una reflexión en torno al sujeto, punto nodal en el campo psi.

Así, basados en los argumentos antes expuestos, el **objetivo** del presente trabajo consiste en analizar y proponer, desde una perspectiva psicoanalítica, una manera de conceptualizar la identidad, su génesis y los elementos "necesarios" para constituirse.

Con este fin y por la modalidad elegida para este proyecto el método que guiará nuestra labor consistirá en una revisión, análisis e integración bibliográfica en torno a la identidad, siguiendo ciertos ejes que son:

I.- NOCIONES EPISTEMOLÓGICAS. Este tema resulta conveniente hacerlo explícito, y a ello nos abocamos en el **primer capítulo**, pues en él se fincan las ideas y los argumentos que "validan" y hacen posibles las presentes reflexiones, además de que nos sirven para introducir la "lógica" subyacente al pensamiento psicoanalítico y la problemática de la subjetividad.

II.- LA PROBLEMÁTICA DEL LENGUAJE. Sugerimos este eje dado que partimos del hecho de que la identidad requiere de un sistema lingüístico para existir, para

ser, lo cual tiene consecuencias relevantes que hay que tener presentes y en el **capítulo dos** tratamos de esbozarlas, a manera de “paradojas” inherentes al sujeto y que tienen que ver con las nociones de Ser y significantes.

III.- RELACIÓN SUJETO-SOCIEDAD. En el **tercer capítulo** queremos hacer ver que Sujeto y Sociedad “no se remiten a dos objetos con existencia separada, sino a aspectos distintos, pero inseparables de los mismos seres humanos” (Elías, 1968; cit. en González, 1996, p. 33) y si tomamos en cuenta que la identidad tiene cabida en dicha relación podemos entender que Mandoki (op. cit.) diga, citando a Laing, que la identidad de una persona no puede ser abstraída de su identidad-para-otros, es decir, “resulta de un proceso social, en el sentido de que emerge y se desarrolla en la interacción cotidiana con los otros” (Giménez, 1992, p. 188).

Agreguemos que el balance entre las categorías de sujeto y sociedad está vinculado al proceso de civilización, varía con él, lo cual nos hace ver su carácter histórico. Precisamente por esta vinculación directa es preocupante comenta González (1996), que cuando estamos caminando hacia formas globales de convivencia, hacia una sociedad cada vez más cosmopolita, el “nosotros” se va haciendo más abstracto, por lo que su función de unidad referencial, como referencia identificatoria se está modificando.

Finalmente digamos que este punto implica ya una postura epistemológica y filosófica así como una visión del lenguaje y lo simbólico que aquí, entre otros ejes, proponemos para pensar al sujeto; una particular concepción del sujeto y de la sociedad la cual no puede escapar de una posición política, ideológica y ética.

IV.- CONCEPTO DE IDENTIDAD. Si bien puede considerarse a la identidad como punto de partida, esto es parcial, pues desde “el inicio” ha sido también punto de llegada por lo que se hablará de ella sin olvidar su fragilidad y su “indispensabilidad” así como presuponiendo los argumentos anteriores: una epistemología, la problemática del lenguaje y lo simbólico, así como la relación sujeto-sociedad que pretendemos nos sean de

utilidad en el **capítulo cuatro**, cuando abordemos la obra freudiana para recuperar el concepto de Identificación y ver desde otro lugar la noción de identidad.

Capítulo 1

REFLEXIONES EPISTEMOLÓGICAS

“La verdadera naturaleza de las cosas
es exterior a nosotros y nos resulta inasequible...”
(Freud, 1927; p. 2992).

Los paradigmas, según Guba y Lincoln (1994, citados en Castro, 1996), pueden verse como un conjunto de creencias básicas que representan una visión del mundo, definen su naturaleza, el lugar que ocupa el sujeto en él y las posibles relaciones entre ambos. Tales creencias se denominan básicas en el sentido de que deben ser aceptadas o supuestas como "verdad"; cada paradigma, continúan dichos autores, responde e involucra cuestiones estrechamente vinculadas y que son: a) un aspecto **ontológico**, que implica una definición sobre la forma y naturaleza de la realidad; b) un aspecto **epistemológico** que expresa la relación entre el investigador cognoscente y la realidad que se conoce y finalmente, c) un aspecto **metodológico**, es decir, una definición respecto a los métodos particulares a través de los cuales se pueda conocer la realidad.

Si bien en la investigación científica están implicadas estas premisas, no siempre se explicitan, entre otras cosas, porque prefieren darse por supuestas o porque se desconoce su relevancia. Sin embargo, tales creencias o paradigmas nos introducen en ciertas problemáticas que proporcionan las bases de nuestra reflexión y nos permiten tener en cuenta que estas elucidaciones pueden representar una opción teórica y metodológica para el abordaje de la subjetividad y de la identidad del sujeto pues, como afirma Cruz (1996), cuando se parte de la convicción de que *“las cosas son lo que son”*, no le quedaría más recorrido al conocimiento y a la ciencia que el de completar el inventario de los objetos existentes, es decir, que con tan sólo tener contacto con ellos podríamos saber lo que son.

En el ámbito gnoseológico y epistemológico esto implica cierta relación entre la esencia y apariencia de las cosas y lo que puede conocerse de ellas que, en el caso anterior, coincidirían plenamente. No obstante, otra postura sería aquella que propone que no hay esencia susceptible de ser finalmente develada.

Ambas posturas epistemológicas pueden ser encontradas implícita o explícitamente en los discursos en torno a la identidad y a su abordaje metodológico por lo que el presente capítulo pretende hacer una exposición y análisis de algunas ideas o categorías epistemológicas que nos proporcionen un eje para nuestra posterior reflexión sobre la identidad (vinculada a la problemática de la subjetividad y del sujeto).

Sin embargo, antes de detenernos en la dimensión epistémica esbozaremos ciertas nociones acerca de la Ontología que, remitiéndonos a aquella, principalmente, nos representan una introducción a cierta manera de “ver” el mundo.

1.1 NOCIONES ONTOLÓGICAS: ¿ESENCIA Y APARIENCIA?

Antes de hablar propiamente sobre epistemología, punto central del presente capítulo, digamos respecto a la cuestión ontológica implicada en toda investigación (aunque vinculada con ciertas nociones gnoseológicas), que existe la posibilidad de concebir a la realidad como la unidad del **fenómeno** y la **esencia** de las cosas, donde el fenómeno o apariencia de las cosas sería algo que se manifiesta inmediatamente y con mayor frecuencia; la esencia, por su parte, se manifestaría en el fenómeno pero de manera parcial, inadecuadamente, vale decir: se “oculta”.

Según esto, en virtud de que tal esencia no se manifiesta directamente, a diferencia de los fenómenos o apariencia de las cosas, y "por cuanto que el fundamento oculto de las

cosas debe ser descubierto mediante una actividad especial, existen la ciencia y la filosofía" (Kosik, 1967, p. 29, subrayado en el original)¹.

Esta idea es retomada también por Cruz (1996), quien recuerda aquella afirmación marxista: "si esencia y apariencia coincidieran, no haría falta la ciencia" (p. 9) y agrega que si se parte de esta suposición la función de la Ciencia y del conocimiento en general sería la "desocultación", el "develamiento" o, al menos, el acuerdo entre esas dos dimensiones y su éxito parecería consistir entonces en "poner todo a la vista" (ibíd, p. 10), aspecto que por sí mismo valdría la pena cuestionar puesto que existe la posibilidad de considerar que no hay esencia susceptible de ser finalmente develada, idea con la que nos toparemos en distintos momentos de nuestro trabajo. Por el momento permítasenos hablar un poco más sobre ciertas ideas acerca de la realidad.

El mundo de la realidad, dice Kosik (op. cit.), es un proceso en el que el individuo y la humanidad realizan su propia "verdad", es el mundo en el que la verdad deviene, esto es, que si bien la "verdad" es accesible, no se alcanza de una vez por todas, sino que tiene que hacerse de manera constante.

De lo anterior subrayemos lo siguiente: primero, que el conocimiento derivado de la ciencia es uno de tantos modos de apropiación del mundo por el hombre (Kosik, ibíd) y, segundo, que tal actividad especial implica dar un rodeo para poder acceder o conocer las cosas y que en ese rodeo nos quedamos con sus representaciones y no con las cosas en sí; lo cual significa ya un distanciamiento sobre una de las nociones tradicionales de ciencia que presupone trabajar con los hechos en sí.

Ahora bien, sin olvidar que las ideas anteriores corresponden a un discurso particular dentro de la Filosofía, agreguemos algunas nociones vislumbradas por Ferrés

¹ *Esta cita es recuperada por Kosik de una carta enviada a Engels por Marx, en la que se advierte una crítica al orden social y a su manera de ver la realidad a través de la ciencia, remitiendo entonces a un plano y a una finalidad distintos de la que nosotros pretendemos.*

(1989) en el Psicoanálisis, mismas que nos introducen en otro nivel de reflexión, aun y cuando también se centren en el problema de la realidad. Tales acotaciones tienen un doble propósito, en primer lugar, dejar en claro que en la investigación y/o trabajo psicoanalíticos también se encuentra implicada una noción ontológica, es decir, la problemática de la realidad; en segundo lugar, porque nos serán de utilidad en el momento de pensar tanto a nivel epistémico como psíquico la cuestión de la subjetividad y del sujeto, dado que es por ahí por donde queremos abordar la noción de Identidad.

Ante la problemática de La realidad, dice Perrés (ibíd), las distintas posturas psicoanalíticas se encuentran en una intrincada polémica no siempre explícita debido a connotaciones diversas del término. No obstante, expresa que en el psicoanálisis freudiano, está presente un concepto de realidad propio y que podría "desglosarse", suponemos que con fines 'didácticos' o analíticos, en dos partes; por un lado la realidad psíquica y por otro, la realidad externa. Aspectos inseparables de la vida humana que si bien son distintas no pueden pensarse la una sin la otra.

Retomando lo expuesto más arriba, con relación al fenómeno y a la esencia de las cosas, podríamos arriesgarnos a pensar que esta conceptualización del Psicoanálisis acerca de la realidad posee una lógica similar; en otras palabras, que en la realidad psíquica y en la realidad externa podemos vislumbrar tanto una parte 'fenoménica' como, posiblemente, otra en la que radica la 'esencia', sin olvidar que ésta siempre se oculta, se aleja de nosotros al quererla atrapar.

En fin, digamos someramente que la noción de realidad manejada por el psicoanálisis freudiano no es la misma con la que trabaja la Ontología y que también se aleja de la utilizada, implícita o explícitamente, por la ciencia positivista tanto en su "desglose" como en su "génesis" y dinámica. Dejemos hasta aquí este esbozo ontológico para centrarnos propiamente en la reflexión epistemológica.

1.2 NOCIONES EPISTEMOLÓGICAS: EL PROBLEMA DEL SUJETO Y DEL OBJETO

Al hablar de realidad psíquica y realidad exterior nos enfrentamos también a la problemática de (y entre) el sujeto y el objeto, entre la subjetividad y la objetividad, entre lo interno y lo externo que si bien dentro del psicoanálisis freudiano se vinculan de manera compleja, generalmente en la Epistemología y en las Ciencias se les concibe y hasta se les vive como dimensiones separadas e incluso como opuestos irreconciliables.

Sin duda el peso de la Epistemología tradicional, por llamarla de alguna manera, en cuanto a su teorización de lo que es el sujeto y el objeto, tiene que ver en esta visión de las cosas, pues en ella se parte de la existencia de una realidad que puede ser conocida (o reconocida); dicha realidad es el objeto por conocer y el científico vendría siendo el sujeto cognoscente, aquel que puede llegar a conocerla.

En general, en la Epistemología han predominado posturas opuestas respecto a cómo el sujeto se relaciona con el objeto y aunque la problemática es mucho más compleja y extensa aquí sólo diremos breve y esquemáticamente que en esas posturas extremas generalmente predomina un término: el Objeto o el Sujeto.

Cuando impera el Objeto se aboga por cierta "objetividad", queriendo decir con esto que hay que conocer las cosas como son y erradicar los juicios e interpretaciones del investigador y en sí de la subjetividad, lo cual podría equivaler a una negación del sujeto, en términos de su actividad.

Cuando domina la categoría de Sujeto se parte de la idea de que el Objeto es totalmente construido por cada individuo (considerado como "ente aislado") y la singularidad de éste es llevada hasta sus últimas consecuencias: todo se vale, que cada quién haga su mundo, su realidad, su ciencia y su vida y se olvide de lo otro, del "Otro".

Así, podemos entender que una de las razones de la oposición contemporánea entre individuo y sociedad pueda ser herencia de ese dualismo epistemológico (González, 1996), pues tales concepciones han permeado por mucho tiempo a las ciencias (Vilar, 1996) y éstas, a su vez, la vida cotidiana del hombre. Pero no olvidemos que, precisamente, la vida histórica del hombre ha llevado a esa **OPOSICIÓN FICTICIA**.

Continuando con la idea precedente resaltemos que el paradigma en el que impera el objeto se encuentra muy arraigado en nuestra cultura y que ha servido de modelo, explícito o implícito, para acercarse a la realidad. En él, el investigador y los factores subjetivos en juego "quedan sistemáticamente afuera en la medida que el conocimiento científico ha sido siempre visto como carente de sujeto" (Perrés, op. cit; p. 487). No obstante, dicho conocimiento "procede por negación de la subjetividad y resulta en un conocimiento aparentemente purificado" (Fernández, 1999) pues el hecho de negar la subjetividad no significa que ésta no exista.

A diferencia de lo expuesto acerca de lo que hemos denominado Epistemología tradicional, desde el Psicoanálisis se propone tomar a la Epistemología como un nivel general de reflexión (Fernández, ibid) y considerar al investigador y su dimensión interna como centrales en el proceso psicoanalítico tanto en el ámbito teórico como clínico (Devereux, 1987; Perrés, 1988) sin que ello implique dejar de lado la realidad "externa", puesto que ésta siempre estará presente de diversas maneras.

Lo anterior nos introduce ya en una postura epistemológica que se diferencia de las dos anteriores (la que aboga por la primacía del Objeto y la que está en favor de la primacía del Sujeto); tal manera de vincular al Sujeto con el Objeto y al Objeto con el Sujeto se diferencia de aquellas, y aunque parecería a equivaler a un "justo medio", creemos que no es así. A esa perspectiva podemos denominarla "dialéctica": pues como apunta Kosik (op. cit.) "la realidad social de los hombres se crea como unidad dialéctica de sujeto y objeto" (p. 37). Otra cita que ilustra dicha perspectiva pero que se inserta en un nivel de reflexión distinto es expresada por Aguilera (1996) y dice: "no sólo el Objeto no es Sujeto, ni éste es

totalmente Objeto, como algunos pretenden. Ni siquiera el Sujeto es totalmente Sujeto, antes fue Objeto y luego se va constituyendo desde la Objetividad" (p. 127). Dicha cita además de ejemplificar lo complejo de tal paradigma, representa la naturaleza del mundo social en el que actualmente vivimos ¿O deberíamos decir: por el que abogamos?.

Apuntemos aquí ciertas reflexiones para dejar un poco más clara esa perspectiva que llamamos dialéctica y que implica una manera específica de concebir y vincular al Sujeto con el Objeto.

En primer lugar, decíamos más arriba que la ciencia es una manera, entre muchas otras, de apropiación del mundo y que, para nosotros, implica dar un rodeo para poder "acceder" a las cosas y que en dicho rodeo nos quedamos con las representaciones de las cosas y no con los hechos en sí. Lo anterior resulta similar a lo que en otro momento y con otros fines fue trabajado por Follari (19) respecto al 'Objeto empírico' y al 'Objeto de conocimiento'. Tal autor reflexiona en torno a la Epistemología de la Psicología Social y hace ver, como lo resume Vargas (1998), que un Objeto empírico es aquel que se puede conocer a través de la experiencia directa pero que no dice nada a menos que se le interrogue metódicamente. Precisamente, el Objeto de conocimiento o teórico aparece como "un punto de vista particular" (Follari, op. cit; p. 33), es decir, viene siendo aquella reflexión sobre el Objeto empírico, que se aleja del sentido común y que permite explicar su funcionamiento.

Así, según esta manera de concebir las cosas, la Ciencia trabaja con objetos teóricos, con objetos de conocimiento y no con los hechos en sí.

Ahora bien, nos hemos valido de esta distinción que utiliza Follari para, de alguna manera, alejarnos de la concepción positivista de ciencia, sin embargo, tal propuesta analítica responde a ciertas circunstancias que al parecer han sido "rebasadas", pues ahora también se aboga por la idea de que no hay tal distinción entre objeto empírico y objeto de conocimiento.

En segundo lugar, podemos decir, en un nivel distinto al anterior pero aunado a él, que el objeto existe por un sujeto que lo nombra, que aparece en los sujetos que captan en él "algo" (Gutiérrez y Delgado, 1995); esto nos lleva a decir, junto con lo ya expuesto respecto a que el objeto nada dice a menos que se le interroge, que para la construcción de la realidad y del conocimiento, resulta necesario un lenguaje que nos permita nombrarlos pues como apunta Jaidar (1998) "el conocimiento de la realidad humana, de las relaciones del sujeto con el objeto de conocimiento sólo es posible si se simboliza primeramente" (p. 47). Resaltémoslo más, el lenguaje es el simbolismo por excelencia; el lenguaje construye la realidad dado que "al nombrarla no sólo la nombramos sino la erigimos, la convocamos a ser a partir del lenguaje. Y por ello sólo tenemos acceso a una realidad significada" (Vargas, op cit; p. 65), es decir, representada y por lo tanto incompleta.

De lo arriba expuesto se desprende que en el proceso de conocimiento interviene el lenguaje pues es él quien posibilita la existencia no sólo del objeto sino también del sujeto. Vemos, asimismo, que el sujeto de conocimiento no solamente está implicado en el proceso de conocimiento y atravesado por él dado que dicha implicación subjetiva lo transforma y transforma la realidad, además de erigirla, por supuesto (Jaidar, op. cit.), y decimos que lo transforma porque en esas vinculaciones con el objeto de conocimiento el sujeto se va constituyendo y construyendo la realidad (el objeto), un cuerpo de conocimientos que poco a poco se desarrollan "en un complejísimo proceso cognitivo y emocional que transforma la realidad humana de los sujetos de conocimiento, que modifican a su vez, la cultura y la historia" (Jaidar, ibíd; p. 39). En este proceso de conocimiento la visión que el sujeto tiene del objeto varía, se modifica lo cual implica que también, en este sentido, el objeto se transforma y llega a ser distinto.

Recalquemos hasta aquí que la existencia del objeto en el mundo humano pasa a través del sujeto que la concibe por lo que, ya desde ahí, el proceso epistemológico implica aspectos subjetivos en el sentido del papel activo del sujeto cognoscente y creemos que es, precisamente, marcados por su sociedad y la historia de su sociedad que un sujeto concibe de manera tan diversa a la realidad.

Ahora, teniendo a lo social como “pantalla” o “trasfondo” del pensamiento epistemológico consideremos a éste como eso: un espacio de reflexión y de análisis.

Consideramos que es justamente con fines analíticos que en la Epistemología podemos encontrar la separación del sujeto y del objeto, pudiendo por lo tanto ser definidos por contraposición. En fin, la Epistemología puede trabajar con la categoría de sujeto pero difícilmente puede dar cuenta de cómo ese sujeto llegó a ser sujeto cognoscente o simplemente sujeto, a menos que apele a otros niveles de reflexión.

En este marco creemos conveniente señalar que “desde el psicoanálisis freudiano se ha propuesto (evidenciado) una nueva aproximación epistemológica que revoluciona el concepto de sujeto cognoscente. Si bien en la obra freudiana no aparece explícita y claramente articulada la categoría de sujeto cognoscente y de subjetividad, su aporte radica en señalar la intervención del psiquismo en la construcción de la realidad (pero eso no es todo puesto que ubica) en el centro del proceso al Inconciente y a la Fantasía” (Fernández, 1998; p. 72).

En esta línea de ideas, pero en otro nivel de reflexión, Devereux (1987) dice: "todo sistema de pensamiento... nace en el Inconciente, a manera de defensa contra la angustia y la desorientación..., si entonces se advierte que la fantasía hace disminuir la angustia y la desorientación se transpone del Inconciente al Conciente" (p. 44).

Nos encontramos aquí en una intrincada vinculación de **sujeto cognoscente** y **sujeto psíquico** lo cual nos lleva nuevamente a recurrir al Psicoanálisis y, tal vez implícitamente, a comentar algunas ideas que posiblemente se restrinjan al campo Psí e incluso al Social debido a que cuando estemos hablando de una relación Sujeto-Objeto, nos vamos a referir a la vinculación de un sujeto con otro sujeto, al vínculo de un sujeto con lo social-cultural y/o a la relación de un sujeto consigo mismo.

Mencionábamos más arriba que en el psicoanálisis freudiano se señalaba la intervención del psiquismo en la construcción de la realidad y que en dicho proceso tenían gran peso el Inconciente y la Fantasía; completemos esto señalando que “estos elementos darán lugar a la construcción teórica del aparato psíquico en sus tres instancias, Conciente, Preconciente, Inconciente (y que) desde la articulación de estos tres niveles, Freud analiza la constitución del sujeto en su vínculo conflictivo consigo mismo y con el otro...(recalcando que es el otro) el elemento estructurante del psiquismo” (Fernández, op cit; p. 72).

Esto último se comprendería mejor si se considera que “la subjetividad del grupo (el 'otro') constituye un previo absoluto para el surgimiento de toda subjetividad individual” (Guattari, 1976; cit. en Fernández, ibid; p. 83); o como lo expresa Vargas (op. cit.): “cada subjetividad ha de construirse desde el otro... porque lo propiamente humano se inscribe a partir de una forma específica de relación” (p. 63).

Para “simplificar” un poco las cosas pensemos en la relación Sujeto-Objeto y entendamos por Objeto la realidad, el ‘Otro’, lo colectivo y lo social (Jaidar, op. cit.) y así poder comprender que “el sujeto (venga) a constituirse en un principio como objeto del deseo del Otro” (Aguado, González, Jacobo, Pantoja, Velasco y Díaz, sin fecha; p. 8) y que el individuo no pueda vivirse más que como objeto del Otro ² (Castoriadis, 1992).

Ahora, si bien se dice que al inicio el sujeto se va constituyendo como objeto del otro también se comenta que él pueda verse y/o vivirse a sí mismo como objeto pero entre una y otra cosa hay una gran distancia; para tratar de esclarecer un poco esto retomemos algunas ideas lacanianas.

Un sujeto “llega a ser en una matriz discursiva que le preexiste y como consecuencia de un largo proceso de incorporación de la cultura y la historia. Sólo entonces

² Remitimos a la nota tres, que tiene que ver con la noción de “Otro”, para tratar de entender un poco más los alcances de esta idea.

ingresará a un orden simbólico donde la sexualidad, entendida como búsqueda de placer... sufrirá los avatares de las limitaciones que la ley le imponga para sobrevenir de sujeto del deseo (equiparemos a “objeto”) a sujeto deseante, sujeto del Inconciente” (Aguado, et al; op cit., p. 7). Así, tenemos que la realidad psíquica se va constituyendo por la realidad externa (representando aquí al objeto) en la misma medida que el sujeto constituye a la realidad externa desde su subjetividad. En suma, ambas realidades se van constituyendo a medida que se diferencian pero esa diferenciación “sujeto-objeto”, tan difícilmente lograda, nunca es definitiva pudiendo por lo tanto perderse (Perrés, 1989).

Podemos decir entonces que esa realidad externa se introduce en el psiquismo a través de procesos como la Introyección, la Interiorización, el Narcisismo y en sí de las llamadas instancias ideales (Perrés, ibid.) sobre todo dos: el **superyó** y el **ideal del yo**.

Hasta aquí hemos acotado, en el presente punto, las posturas epistemológicas predominantes que generalmente están destinadas para la reflexión sobre la construcción del conocimiento y de la realidad pero también comentamos que dentro del psicoanálisis tanto el objeto como el sujeto están presentes en este sentido cognoscente pero sobre todo en un sentido distinto (pareciera ser que se refiere a la constitución de ése sujeto cognoscente o mejor aún “incognoscible) que nos hace ver que no son los mismos sujetos ni objetos.

En suma, recuperemos la relación entre objeto y sujeto enriquecida por el psicoanálisis freudiano en el sentido epistémico, para la construcción del conocimiento y en el sentido más propiamente psicoanalítico: “creadora de vida”, de sujetos que pagan un precio por su existencia; la incompletud, **la escisión**.

Precisamente esa incompletud o escisión (ese “algo”) es lo que impide a nuestra propia historia coincidir consigo misma y esa diferencia también impide el cierre epistemológico y ontológico del sujeto sobre sí mismo (Pardo, 1996), es decir, que a diferencia del pensamiento científico que ejemplifica a una “conciencia que se considera a

sí misma definitoria y exhaustiva del sujeto cognoscente” (Fernández, op. cit.) nosotros tendremos presente la premisa expuesta al inicio del presente capítulo, vinculada a la problemática de la realidad: esencia y apariencia no coinciden, la esencia se oculta, o aún más, no hay tal esencia. Así, creemos que en esa relación sujeto-objeto de la Epistemología pero también concebida como sujeto-sujeto (en el campo de la Psicología), hay algo de incognoscible.

Recalquemos que éstas últimas nociones acerca del sujeto y del objeto podrían verse como un aporte psicoanalítico a la epistemología dado que introduce un concepto de sujeto y de objeto que aquella ni alguna otra disciplina solía manejar.

Una vez acotado esto finalicemos el presente capítulo comentando que en el campo *psí* el sujeto cognoscente es sujeto y objeto de conocimiento (Jaidar, op. cit.) pero tomando en cuenta que deviene objeto simplemente por posición y no por naturaleza (Castoriadis, 1992).

Capítulo 2

LA IMPORTANCIA DEL LENGUAJE

“Todo sujeto está y es llamado a ser...
a él se le demanda que hable asumiendo
el nombre que el otro le diera. Tiene que hablar,
decir quién es, identificarse” (Brausntein, 1990; p. 44).

Respecto a este tema Castoriadis (1992) dice que no se tiene acceso a la *psique* sino a través del individuo que habla y que piensa; por su parte, Gerber (1990) comenta que el sujeto del psicoanálisis es el sujeto que habla, es ese lugar que designan las palabras que él pronuncia. Así, el lenguaje aparece como vía de acceso a la *psique*, a la subjetividad.

Sin embargo, si bien el ser “hablado” es la posibilidad de devenir sujeto, el ser del sujeto (su “esencia”) no se reduce a ello (Castoriadis, op. cit.) y si consideramos al lenguaje como campo de significantes y que cuando hablamos no conseguimos restituir plenamente la unidad entre significado y significante (esencia y apariencia) podemos decir que cuando hablamos decimos más y algo distinto de lo que nos proponemos (Canales y Peinado, 1995), por eso se dice que el sujeto no está en lo que dice. Con esto tenemos que si bien el individuo tiene un fundamento de imposibilidad esto no significa que sea incognoscible absoluto (Castoriadis, op. cit.) pues a pesar de que el lenguaje no agota al sujeto, tal rodeo, tal máscara y ese “poner bordes” es en sí constituyente.

Lo anterior se debe a que hay “algo” que aunque no está forzosamente vinculado a una estructura significante, permanece invariable e incluso “permite definir la identidad” (Castoriadis, 1983; p. 239) pues “sin estas definiciones... todo quedaría en caos indeterminado” (Castoriadis, ibíd.; p. 254). Tal vez de ahí la necesidad de relatarse trabajada por ciertos autores.

Si bien, con lo antes expuesto, podemos expresar que la Identidad tiene cabida solamente dentro de un ámbito lingüístico (Abbagnano, op. cit.), la comprensión de tal afirmación no es sencilla, por eso creemos conveniente hablar sobre algunas nociones manejadas en la lingüística; tales ideas serán recuperadas de la obra de Anika Riflet-Lemaire (1981) centrada en el trabajo de Lacan, quien se valió de los conocimientos de diversas disciplinas como la Antropología, la Lingüística, la Filosofía del lenguaje y en sí del Estructuralismo en general para recuperar, desde otra perspectiva, la obra freudiana.

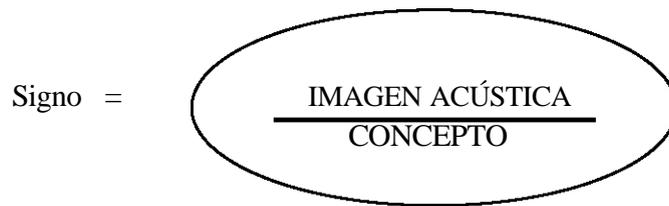
Así, lo que pretendemos en el presente capítulo es esbozar ciertas nociones sobre el lenguaje para valernos de ellas en nuestro intento por abordar la subjetividad, al sujeto y su constitución pues es por ahí por donde queremos reflexionar en torno al concepto de Identidad.

Además, el reflexionar sobre el lenguaje, en el sentido en que Lacan lo trabaja, también nos será de utilidad, a la hora de recuperar la obra freudiana y para una posible argumentación y/o base metodológica para el estudio del sujeto y de su identidad.

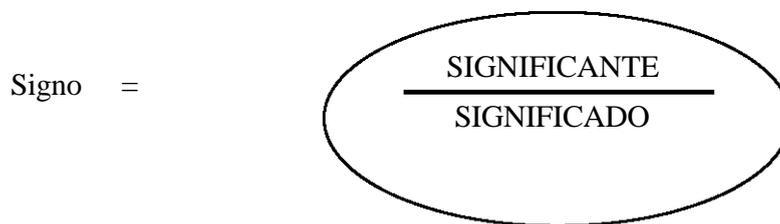
Finalmente recalquemos que el lenguaje es tomado, aquí, como una producción social e histórica, como representante y representando a lo social y a la cultura.

2.1 BREVES IDEAS SOBRE EL LENGUAJE

Centrados ya en la dimensión del lenguaje, recuperemos algunas ideas de F. de Saussure (cit. en Riflet, 1981), uno de los fundadores de la Lingüística, quien entiende por **Signo** una entidad de dos caras, es decir, la unión de un Concepto y una Imagen Acústica (y no, como lo afirmaba otra postura, la unión de una cosa y un nombre). En Saussure la imagen acústica no se refiere al sonido “pronunciado” sino a la “huella psíquica” del sonido. El Signo es pues, para él, la unidad lingüística y puede representarse como sigue:



No obstante, si consideramos que Saussure propone denominar a la imagen acústica **Significante** y al concepto **Significado**, tenemos entonces que:



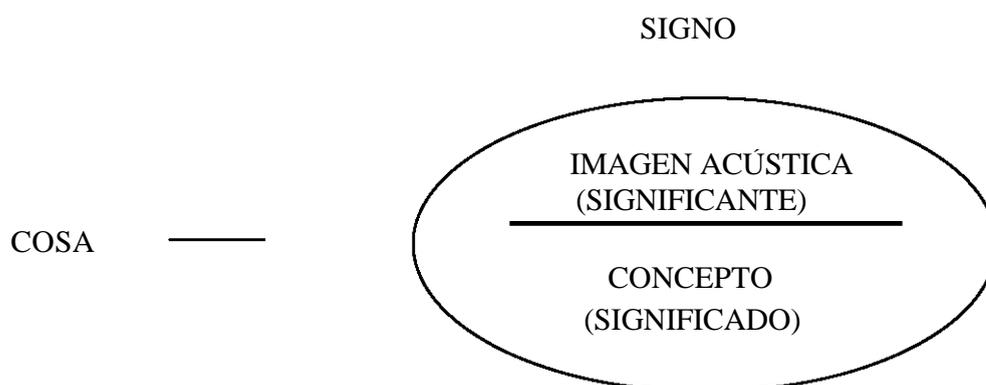
Así, desde esta perspectiva, el Signo representa el acto de unificación de un Significante con un significado y en esa unificación se genera lo que se conocerá como **Significación**

Además, señala Riflet-Lemaire, hay un momento en la obra de Saussure que éste introduce la noción de “Valor” y a partir de entonces, el Signo ya no equivale solamente a una relación entre dos cosas (Significante y significado) sino que también posee un valor “que no se circunscribe a su significación restringida”, es decir, que el Signo no vale ya por su significación en aislado dado que únicamente adquirirá su carácter específico al contraponerse a los demás Signos; con esto su existencia y su especificidad o Valor tendrán lugar solamente dentro del sistema absoluto de la lengua, junto a otros Signos y contraponiéndose a ellos.

Dado lo anterior se tiene que el “Valor” de una palabra lo constituirá la Significación que le confiera la presencia de todas las palabras del código y todos los elementos de la frase.

Ahora, si bien Saussure indica claramente que la Significación “local” de un elemento de la frase es determinada por su correlación con los demás, según Riflet (op. cit.) no deja explícito si dicha significación existe ya a la hora de que los elementos entran en relación recíproca.

Regresando a la noción de Valor, se dice que ésta se vincula estrechamente con la de **Arbitrariedad** pues, prosigue Saussure, la unión del Significante y del Significado es arbitraria. No obstante, Benveniste (cit. en Riflet, ibid.) señala que el Signo solamente es arbitrario respecto a la Cosa pero que su vinculación con el concepto es “necesaria” e íntima puesto que de lo contrario resultaría imposible el intercambio comunicativo. Podemos ilustrar lo anterior de la siguiente manera:



De lo anterior se desprende, según Benveniste, que lo arbitrario del Signo quede relegado al “exterior” del Signo mismo pues éste sólo concierne al Significante y al significado o concepto (cuestión con la que no coincidirá Lacan).

No obstante lo anterior, Riflet (ibid) apunta aquí, que no existe ninguna razón “para que un determinado significante se una a un determinado concepto” (p. 46). Sin embargo, añade la conveniencia de que la unificación de un Significante con un determinado significado sea “estable” para una genuina ordenación de lo real, del pensamiento.

En este punto dicha autora presenta la posible distinción de tres ‘niveles’ de Signos basados en la relación del Significante con su significado, ideas que atribuye a Pierce y que

son retomadas por Jakobson, de la escuela de Praga. Según esto los tres niveles corresponderían a:

- 1) El ÍCONO, en donde la relación del Significante con su significado opera por una **semejanza** de hecho, en la cual se pueden distinguir dos categorías: a) la Imagen, en la que el Significante reproduce las cualidades del significado, por ejemplo, el dibujo de un animal (Significante) representa a este animal (significado o concepto) y b) el Diagrama, en donde las relaciones entre los Significantes representan las relaciones entre los significados, por ejemplo, dos rectángulos de diferente tamaño pueden representar las diferencias que existen en la producción de acero de dos países.
- 2) El ÍNDICE, que opera por **contigüidad** de hecho entre Significante y significado; lo que permite inferir el segundo del primero, por ejemplo, el humo sugiere fuego.
- 3) El SÍMBOLO, que opera por **contigüidad aprendida** entre Significante y significado. Aquí la conexión es ya una regla.

Otra idea de Jakobson, dice Riflet (ibíd), reside en afirmar que las operaciones de la mente humana se reflejan en la forma sintáctica de la lengua. Esto representa un preludio a otra manera de concebir al Lenguaje atribuida a Chomsky dado que en su obra se puede ver que el Lenguaje crea el modo de percepción de la realidad al imponer los modelos, estereotipos y leyes universales constituidas a lo largo de la historia humana. En él se ve, además, la posibilidad de que el lenguaje pueda servir de instrumento al pensamiento y que no consistirá sólo en un simple dispositivo adquirido para transmitir o comunicar información.

En fin, Riflet (ibíd), retomando nuevamente a Jakobson, y una vez acotado lo referente al Signo lingüístico, dice que hablar implica entonces dos operaciones fundamentales: la Selección de ciertas unidades lingüísticas y la Combinación de dichas

unidades en otras cada vez más amplias y complejas, incorporando cada nivel a los que le preceden.

La **Selección** sería pues la elección de un término entre otros e implica la posibilidad de sustituir uno por otro debido a la posible asociación entre palabras, basada en una cierta semejanza; a su vez, la **Combinación** se refiere a la idea de vínculo o de enlace entre términos, dado que cada unidad lingüística sirve de contexto a otras unidades más sencillas y porque el contexto de éstas se encuentra en una unidad más compleja.

Por lo anterior, se infiere que los términos del lenguaje pueden asociarse por semejanza (“parecerse”) o por contigüidad (percibirse como “cercanos”) “tales formas de progresión del pensamiento, dice Riflet (ibíd), tienen respectivamente su expresión más condensada, la primera en la metáfora, y la segunda en la metonimia” (p. 71).

Resultaría útil señalar que en Lingüística frecuentemente se usan los términos “Sincronía” (estudio del Lenguaje en un momento dado) y “Diacronía” (estudio del Lenguaje a través del tiempo), que reemplazan de manera respectiva el orden de la Selección y el de la Combinación; además, se habla de la conveniencia de pensarlos como coordenadas o ejes que se cruzan y que se superponen.

Así, con las ideas respecto a la lingüística ya mencionadas parece irse conformando un contexto, aunque muy general, “suficiente” para explicitar la lectura que Lacan hace sobre el Psicoanálisis y de la relación **sujeto-lenguaje** implicada, y a ello se dedica Riflet (ibíd) en parte de su obra, ruta que resumiremos seguidamente.

El Signo introducido por Saussure refleja una total simetría de los términos implicados y su indisociabilidad; la originalidad de Lacan, comenta Riflet (ibíd), radica en el querer suministrar la prueba de que el Significante actúa con independencia de su Significación, prueba que se concentra en lo que conocemos como Metáfora: “Debido al poder metafórico de que está dotado el hombre las palabras sirven de vehículo de múltiples

sentidos...” (p. 82). La metáfora es pues el principal agente de la relativa autonomía del Significante “aún y cuando otra figura de estilo igualmente importante se ejercite de los mismos efectos: se trata de la Metonimia, (que) reemplaza un término por otro sobre la base de un lazo de proximidad” (ibíd, p. 83).

Esta posibilidad del lenguaje de significar una cosa distinta de lo que concretamente dice determina su autonomía con respecto al **Sentido**. Con esto, según Riflet (ibíd), Lacan declarará que Significante y significado son dos redes de relaciones que NO se recubren la una a la otra, como decía Saussure, sino que son dos órdenes distintos, separados por un trazo resistente a la Significación, es decir, que no llegan a unirse, “dos flujos paralelos donde los punteados de correspondencia son mínimos” (ibíd, p. 79-80).

La razón de que Lacan haya insistido en la divisoria resistente a la Significación en el algoritmo de Saussure (*S/s*) radica en que tal divisoria simboliza, en la lengua, “el rodeo que la mente opera en la búsqueda del Sentido (y que) en psicoanálisis simboliza la represión del significado, inaccesible sin el auxilio de los procesos psicoanalíticos” (ibíd, p. 94-95).

Así, tenemos en primer lugar que, por implicar un rodeo, el lenguaje puede verse como perteneciente a un orden mediato; en segundo lugar, que el lenguaje (visto como cadena de Significantes) actúa con independencia del Sentido; en tercer lugar, que la citada autonomía se basa en “el poder metafórico de que está dotado el hombre”, esto es, que se ha insertado en la reflexión sobre el lenguaje un elemento crucial y que caracteriza a la lengua: el ser hablada por sujetos (Gerber, 1988), aspecto del que no daba cuenta Saussure en su trabajo sobre el Signo lingüístico; en cuarto lugar, que la Significación ya no sea la unificación de un Significante con un significado pues en Lacan esto ya no es posible sino que ahora será “el producto más o menos equívoco de la articulación de Significantes” (Gerber, ibíd; p. 150). Será entonces el encadenamiento de los Significantes lo que determine el Sentido como “efecto”, es decir, *a posteriori*, pues cada Significante actuará retroactivamente con los anteriores.

Pareciera ser entonces que el Sentido, al ser considerado como efecto del ordenamiento de los Significantes, se construye a cada momento (sin que finalmente se llegue a “apresar”). Vinculado a lo anterior Gerber (ibid) menciona que no hay Sentido previo, “verdad establecida que el significante represente... tampoco es posible concebir... un sujeto poseedor de sentido antes de que haya articulado la palabra” (p. 151). Y podemos agregar, tampoco después pues si bien el sujeto encuentra (¿o es encontrado?) un espacio infinito de significantes para ordenar “los lapsus, las equivocaciones verbales, los olvidos de palabras, son cortocircuitos del discurso por donde se filtra el deseo Inconciente” (Massota; p. 56).

Dejemos en suspenso las implicaciones e ideas vinculadas a lo anterior y sigamos nuevamente a Riflet para ver que “sólo el lenguaje hace posible instaurar el orden del mundo (y) dota al espíritu, a la mente, de una autonomía sobre lo vivido, (pues) una de las características específicas del lenguaje consiste en evocar una cosa, una realidad, por medio de un sustituto que esta cosa no es; dicho de otro modo (evoca) su presencia sobre fondo de ausencia. (Con lo cual tenemos que) mediante el acto de designación se ordenan así dos órdenes separados aún y cuando referenciales: lo “real” (lo vivido, la vida inmediata) y el “lenguaje” (orden mediato)... Este acto de sustitución de una realidad por un Signo es, además, una operación de mediación (a través) de la cual el sujeto toma respecto a lo vivido un distanciamiento que le permite identificarse como sujeto distinto de aquello que lo rodea” (p. 97-98).

Es por esto que el sujeto resulta ser un “efecto” del Significante (del lenguaje, de la sociedad, de la cultura) que no su causa.

Y es precisamente por el lenguaje, considerado como orden simbólico e interpenetrado con el simbolismo social, que se da este devenir del hombre en sujeto puesto que requiere de “el paso de una relación inmediata “dual”, a una relación mediata, por la intervención de un tercer término. Éste es para el lenguaje el concepto y para la sociedad el antepasado, la causa sagrada, el dios” (ibíd, p. 104).

De ahí que el niño que ingresa al orden simbólico del lenguaje sea modelado por dicho orden y reciba su sello indeleble: “el niño sufre el influjo de la sociedad, su cultura, su organización y su lenguaje, y no dispone sino de una trágica alternativa: o someterse, o naufragar en la enfermedad” (ibíd, p. 117).

Lo anterior nos coloca más abiertamente en la relación sujeto-lenguaje que nos interesa para seguir reflexionando sobre el problema de la subjetividad y del sujeto (del sujeto escindido) y, en su momento, sobre la identidad; dicha relación se presenta a continuación.

2.2 RELACIÓN DEL SUJETO CON EL LENGUAJE

La palabra, decíamos más arriba, engendra la muerte de la cosa, mata a la cosa puesto que es preciso que ésta se pierda para que se la represente, o más exactamente, para que se la reemplace por un Signo (Braunstein, 1990). La palabra, decíamos también, engendra dos órdenes separados: lo **Real** y el **Lenguaje**; el primero vendría siendo la vida inmediata, posiblemente las "representaciones de cosa " de las que habla Freud mientras que el segundo orden sería la vida mediata y haría referencia a las “representaciones de palabra” o al mundo simbólico del que habla Lacan, ese que nos hace propiamente humanos y que nos “aleja” de lo real.

Tal alejamiento, pérdida o **Renuncia** resulta “necesaria” dado que “nada es para nosotros fuera de la representación” (Castoriadis, 1992; p. 111), puesto que para que algo exista en el mundo humano es necesario que se le represente y lo mismo vale para el sujeto pues como dice Ricoeur (1991), aunque en otro nivel de reflexión, el sujeto no puede conocerse a sí mismo inmediatamente sino de manera indirecta, por el desvío de los signos culturales de toda clase, por la mediación que, entre otros simbolismos, representa el lenguaje, esto sin olvidar aquella renuncia “necesaria” e inherente al lenguaje que, a su vez, implica cierta incognoscibilidad del sujeto en sí.

Así, se dice que el lenguaje es el medio ambiente primordial y esencialmente humano (Zarco, 1997) debido a que la realidad es percibida y organizada a través de él (Santamarina y Marinas, 1995); este ordenamiento por la palabra constituye “un procedimiento mediante el cual los individuos le otorgan significado a su vida, ordenándola en una secuencia de eventos, sentimientos, comportamientos, etc.” (Bruner y Turner, 1986; citados en Amuchástegui, 1996; p. 147). En fin, podemos atrevernos a decir, junto con Jaidar (op. cit.), que el lenguaje es fundante del sujeto en sus nexos con el objeto (sociedad, otros sujetos) y viceversa, y es en esos nexos que se “genera” la subjetividad.

Con lo antes expuesto tenemos que, gracias al lenguaje, visto como representante del orden simbólico, podemos advenir en sujetos, proceso que se va dando entre el sujeto y la sociedad, entre la subjetividad y la objetividad; así, al mismo tiempo que emerge un “nuevo” sujeto, la realidad, la cultura se recrea a sí misma en él; en otras palabras, la cultura y el lenguaje hablan a través de él (Vargas, 1998) y es gracias a este orden mediato que el sujeto puede regresar sobre sí, o mejor aún “la existencia de lo mediato es lo que hará posible que cada cual se reconozca en su subjetividad diferente” (Riflet, ibíd; p. 85-86).

Tenemos entonces que “una relación fundamental enlaza al sujeto con el lenguaje (con el Significante). El primero debe constituirse como tal en el campo del segundo ya que su única existencia posible es como hablante re-presentado en el significante” (Gerber, op. cit; p. 152), lejos de la inmediatez. No obstante, se tiene que no todo el “**Ser**” del sujeto, lo que éste tiene de Real, la cosa en sí, su “esencia”, puede ser representado por el Significante por lo que el sujeto queda dividido, justamente, entre un Significante que lo representa y un Ser que posibilita toda enunciación pero que es irrepresentable; recordemos al respecto que una de las características del lenguaje consiste en evocar una cosa por medio de un sustituto que esta cosa no es, por lo tanto el hablar implica una **escisión** entre la Cosa y el Signo, entre la Cosa y el Significante que la representa; un sujeto hablante implica pues una escisión entre su Ser y el Significante que lo representa y sólo de esta manera puede existir.

Así, en Lacan, según Riflet (op. cit.), la aparición del lenguaje coincide en el tiempo con la represión primaria, constitutiva del Inconciente dado que dicho acceso al lenguaje constituirá de un solo e idéntico golpe el Inconciente y el lenguaje Conciente.

He aquí el sujeto del que hablamos en el presente trabajo: un sujeto escindido, dividido entre la vida y el lenguaje; surgido (como problema) del divorcio entre la Naturaleza y la Cultura y, con respecto al lenguaje, este sujeto se presenta como efecto del Significante, como efecto del encadenamiento de Significantes.

Para finalizar el presente punto y capítulo comentemos someramente dos cuestiones cruciales y que se vinculan más evidentemente con el problema de la Identidad y que, a pesar de que nos llevarían a otras problemáticas, situarían de mejor manera al sujeto respecto al orden simbólico, donde éste no es ni más ni menos relevante que otros dos órdenes que tienen que ver con el sujeto: lo **Real** y lo **Imaginario**.

El primer punto concierne al hecho de que si bien el sujeto está escindido no se “ve” como tal; el segundo aspecto tiene que ver con cierta “necesidad de relatarse” por parte del sujeto.

Respecto al primer punto expresábamos junto con Castoriadis (1983) que el sujeto no puede existir sino definiéndose, representándose en (y con) el lenguaje, en una cadena discursiva y de Significantes y que al hacerlo “renuncia” a su Ser en sí, a su “esencia” pero que al mismo tiempo tal acto posibilita toda enunciación; con lo antes expuesto se dice que el sujeto tiene un fundamento de imposibilidad dado que “Ser y Significante son entidades inconciliables (sin embargo, tal Significante) trata de dar consistencia de Ser al sujeto fijándolo en una **identidad**... marcada por la palabra” (Gerber, 1990; p. 4. Subrayado nuestro).

Lo anterior implica una **ilusión**: la creencia de que el Significante puede dar consistencia a un ser prediscursivo, tal ilusión se vincula con el orden Imaginario trabajado

por Lacan en su abordaje del Psicoanálisis y que es el “responsable” de cubrir esa **Falta**, esa distancia entre lo Real y lo Simbólico; es lo Imaginario quien cubre los huecos, el desorden, la incoherencia y hasta la pluralidad que nos constituye y que hace vernos y percibirnos como seres singulares y totales.

Agreguemos aquí, que aquella pérdida o Renuncia “necesaria” de la que hablamos al inicio de este apartado es ocultada por éste orden Imaginario.

En cuanto al segundo punto, es decir, respecto a la ‘necesidad de relatarse’ del sujeto, acotemos junto con Vargas (1998) que: “la subjetividad no es algo preexistente, sino algo que se hace en el acto discursivo, en una narración de sí mismo, del otro y del mundo, de su pasado, presente y futuro en el aquí y ahora de la palabra, en las narrativas de los otros” (p. 64); en fin, *grosso modo*, es hablando como podemos existir, es contándonos como nos damos identidad (Ricoeur, 1991) aún y cuando tomar la palabra también implique instalarse en el lugar de la apariencia (Gerber, op. cit.) o que la apariencia prevalezca sobre lo sentido del Ser (Baz, 1994).

Así, dice Birulés (1996), el sujeto ya no se deja pensar como algo dado por lo que la identidad del sujeto “nunca ha de concebirse como punto de partida, sino como la siempre renovada capacidad de referirse a sí mismo o a sí misma y al propio actuar en el mundo” (p. 232-233); con esto tenemos que al no proporcionar la Identidad lo que el sujeto buscaba éste se ve obligado a “moverse”, a seguir buscando, a renovarse, a seguir haciendo uso de la palabra.

Por último, rescatemos algunas de las consideraciones expuestas anteriormente, dado que implican cierta manera de ver las cosas y que nos aportan un eje sobre el cual poder trabajar (en el sentido de “abrir” preguntas) la problemática del sujeto y de su identidad.

Recalquemos, primeramente, que tratando de elucidar cosas sobre la noción de sujeto en este capítulo, tomamos como eje al lenguaje y una particular vinculación entre ambos. Pues bien, el sujeto presente en estas reflexiones sobre el Lenguaje aparece dividido entre su Ser y aquello que, al mismo tiempo, posibilita su existencia en el mundo humano: el Significante. Es un sujeto que sólo puede existir re-presentándose en y por los signos culturales de toda clase.

En segundo lugar, notemos que el lenguaje representa a un orden que preexiste al sujeto y que es accediendo a él como el hombre puede devenir en sujeto; tal sujeto es entonces efecto del lenguaje y del orden que éste representa; sin embargo, agreguemos, no es un “efecto” estable, coherente ni lógico; no es un ente que pueda ser cosificado, es un efecto por hacer(se), que tiene que darse Identidad, valiéndose para ello del lenguaje.

Darse Identidad entonces es ponerse en palabras, definirse para existir; ocultar la Escisión y la Falta al mismo tiempo que son perpetuadas. Para nosotros la Identidad es “escoger” unos significantes y ser escogido por ellos, es representarse, darse lógica, coherencia y unidad sin olvidar que la Identidad lograda a través de la “narración” es frágil e inestable puesto que siempre habrá algo del sujeto, o el sujeto mismo, que escape al Significante, que se resista a ser representado.

Capítulo 3

CONSIDERACIONES SOBRE EL VÍNCULO ENTRE SOCIEDAD Y SUJETO

“El sentimiento social descansa en el cambio de un sentimiento primero hostil en una ligazón de cuño positivo, de la índole de una identificación...” (*Freud, 1921; p. 115*).

El surgimiento del capitalismo industrial a la par que destruye la forma tradicional de vida, dice Zaretsky (1978), “origina una nueva búsqueda de identidad personal” (p. 8), y agrega, “en su mayor parte esta búsqueda del sentido personal se realiza en la familia” (ibíd, p. 28). Es precisamente en la relación básica madre-padre-hijo, donde el “animal humano” se constituye socialmente dado que la vida social de la familia “impone su ritmo y estructura al niño” (ibíd, p. 121).

Basados en lo anterior podemos decir que la realidad y la posición de los individuos adquieren significado a partir de la interacción con los otros pues sin el (O)tro¹ permaneceríamos “sin mente, sin identidad y sin inscripción social” (Sampson, 1993; citado en Rivas, 1996; p. 220).

En este sentido se dice que el individuo es un “producto” o efecto de la sociedad, sin embargo, agreguemos que lo social existe en sujetos que lo producen y que lo portan (Canales y Peinado, 1995), que Sujeto y Sociedad se relacionan dialécticamente bajo un plano histórico y en cuya relación el discurso o lenguaje resulta relevante para su

¹ Para entender un poco más la noción de “Otro” presente en Lacan permítasenos hacer las siguientes citas: “El Otro, con mayúscula, significa en términos lacanianos el lugar del código, lugar simbólico por excelencia” (Baz, 1994; p. 109).

“El Otro, con mayúscula -como lo escribe Lacan- ... se define como lugar del código, sitio preexistente al sujeto, de donde recibirá los significantes con los que podrá representarse para tener existencia en el mundo simbólico. Este mundo ya está ahí y cada sujeto vendrá a ocupar un lugar en su estructura que, asignándole un nombre, un sexo, un estado ‘civil’ le otorga su estatuto de sujeto” (Gerber, 1990; p. 2).

emergencia, sin olvidar que tal plano simbólico se “agarra” tanto a lo natural como lo histórico (Castoriadis, 1983).

Una razón de esta relevancia del lenguaje radica en que, como lo expresa Riflet (op. cit.), vehicula un dato social, una cultura pero también unas prohibiciones y unas leyes y porque es a través de él (del lenguaje) que el “individuo comparte con su grupo social un conjunto de valores, códigos y normas” (Moreno, 1997; p. 88).

Como vemos, en función del lenguaje, sujeto y sociedad comparten cierta similitud que esbozaremos más adelante. Por el momento digamos, junto con Pereña (1995) que si el mundo es un ordenamiento por la palabra, y si el hombre es afectado por esa palabra tal afección produce la división del sujeto; esto último porque, según Recio (1995), “el lenguaje es la condición del inconciente, es decir, se origina en el campo del lenguaje como tropiezo de un sujeto que sólo lo es en lo simbólico” (p. 482), campo que antecede al nacimiento del individuo.

Esto es, en este capítulo se parte de la existencia de un sujeto escindido, dividido y que no puede dar totalmente cuenta de sí, de su ser (no hay esencia susceptible de ser finalmente develada), sino de manera parcial e indirecta, dentro de un sistema lingüístico, por eso se dice que un sujeto solamente lo es en lo simbólico, en una red simbólica, de significantes que le preexisten, dado que al nacer encuentra ya una sociedad instituida misma que está mediada simbólicamente (Canales y Peinado, op. cit.) y que implica relaciones sociales llenas de sentido.

Creemos que, aquí, el concepto de identificación es pertinente pues remite a esa “apropiación” del otro que constituirá la “identidad” dado que la personalidad se constituye y se diferencia a través de una serie e identificaciones (Laplanche, 1977), lo que deja ver la línea aparente y sutil, si no es que ficticia, que separa al sujeto y a la sociedad.

En fin, es en este marco que pretendemos esbozar una manera de conceptualizar la relación sujeto-sociedad o mejor aún sociedad-sujeto, que asimismo implica considerar algunas reflexiones sobre el papel mediador y fundante del lenguaje y su relación con el sujeto; todo esto con la finalidad de tratar de superar una falsa dicotomía entre el sujeto y la sociedad, por ser en esta vinculación donde se enmarca y tiene lugar la noción de Identidad.

3.1 RELACIÓN SOCIEDAD-SUJETO

La realidad social de los hombres, comenta Kosik (op. cit.), se genera como unidad dialéctica de objeto y sujeto; dicha afirmación aunque se enmarca en un plano filosófico y gnoseológico la recuperamos por encontrar en ella cierta similitud en la “lógica” que pretendemos manejar en este trabajo: aquella que implica una vinculación estrecha e inseparable del sujeto con el objeto, a veces manejada, pero en otros niveles de reflexión, como relación sujeto-realidad o sujeto-sociedad y es precisamente en otro marco conceptual que ubicamos al Psicoanálisis y a Freud (1927) quien llega a expresar que “el aparato anímico es por sí mismo un elemento de aquel mundo exterior” (p. 2992).

Precisamente, retomando a Freud, Perrés² (1989) comenta que la realidad psíquica se constituye por, y a través de la realidad exterior, entendida ésta como lo Social y, agrega, que a medida que se va constituyendo la realidad psíquica se diferencia de la realidad exterior y al mismo tiempo queda marcada por ella. No obstante, justamente por relacionarse dialécticamente dicha diferenciación nunca es definitiva y, en ocasiones, ni siquiera llega a lograrse; consideramos que ciertas patologías o enfermedades lo

² Cabe mencionar que Perrés extrae estas consideraciones en torno a la problemática de la realidad en la obra de Freud.

evidencian. Es bajo estos supuestos que creemos que no podemos pensar a ambas realidades por separado³.

Con base en estas breves ideas advertimos que, aún y cuando aquellas suelen equipararse a eventos “internos” y/o “individuales”, en lo que denominamos realidad psíquica y en la subjetividad están presentes lo social, la “objetividad”, la realidad “externa”, los otros, el Otro, la pluralidad y la heterogeneidad.

Abundando un poco más sobre lo anterior, Fernández (1998) apunta que la subjetividad se produce “en el intercambio con los otros, a partir de factores singulares y sociales mutuamente constituyentes que dibujan un panorama complejo pero distinto al del individuo aislado. La subjetividad así entendida apunta a un... proceso múltiple que no ofrece una continuidad absoluta... sino que implica aspectos irracionales e inconscientes de los sujetos y, por consiguiente, la presencia de enigmas, contradicciones e incompletud” (p. 70).

Antes de continuar permítasenos hacer un paréntesis para esbozar algunas preguntas directamente vinculadas al tema central de la presente obra: si la subjetividad apunta a un proceso múltiple, discontinuo, irracional e involucra aspectos inconscientes ¿Cómo se vincula con la noción de Identidad? Y ¿Qué papel juega?. Esbozamos estas preguntas bajo la idea de que la identidad, desde cierta mirada, apunta a una noción de continuidad, “igualdad” y “completud”, idea que hemos ido trabajando a lo largo del presente trabajo así como las preguntas arriba expuestas y que seguiremos abordando directa e indirectamente.

Retomando las consideraciones de Fernández (op. cit.), comentábamos que la subjetividad, digamos “singular”, se produce en el intercambio con los otros, con otras subjetividades y que en parte por eso apunta a un proceso múltiple; pues bien, es bajo esta

³ Actualmente, la noción de “Dialéctica” también parece, por momentos, insuficiente para expresar lo que pretendemos dado que en ocasiones parece implicar cierta “exterioridad” entre los elementos en cuestión.

perspectiva que puede considerarse a la subjetividad del grupo como “un previo absoluto para el surgimiento de toda subjetividad individual” (Guattari, 1976; citado en Fernández, ibíd; p. 83).

Vinculado a lo anterior Baz (1998) dice: “ la red intersubjetiva, el grupo familiar, precede al sujeto, a quien le otorga el lugar de hijo, vehiculizando así la ley de la Cultura por la vía de la prohibición del incesto y la estructura del parentesco, atándolo al eje de las generaciones y a la herencia subjetiva que (esto) conlleva” (p. 128).

Queremos resaltar que esta ley de la Cultura y este sujeto atado a los que se refiere Baz implican límites, prohibiciones, reglas, coerción y es precisamente lo que acota Freud en “El porvenir de una ilusión” (1927) pues expresa que para él, la civilización está basada en la coerción y en la renuncia de los sujetos a sus instintos; complementemos esto diciendo que no solamente renuncia el sujeto sino que “lo llevan” a que renuncie y es aquí donde se ve la coerción.

Años después el mismo Freud (1929) agrega que, por estar basada en la coerción. la civilización genera hostilidad en los individuos; no obstante, para que estos sujetos no atenten contra ella o contra ellos mismos los lleva a que se identifiquen entre sí, es decir, a entablar vínculos amorosos coartados en su fin. Nosotros vemos aquí, por un lado, cómo es que algo externo (lo social) genera actividad interna, genera subjetividad y esto lo vemos también cuando Freud expresa que aquella hostilidad que un sujeto podría dirigir a otro, es dirigida hacia adentro, que la civilización transforma la coerción externa en interna dando origen a cierta instancia denominada SUPERYÓ.

Por otro lado, vemos que las identificaciones coadyuvan al mantenimiento de lo sociocultural, que estas identificaciones son lo que vincula a los sujetos pero también lo que vincula a cada sujeto con lo simbólico, con la cultura, con lo social, con algo “externo”.

En este contexto podemos entender la afirmación de Vargas (1998) respecto a que el “sujeto no genera la subjetividad” (p. 62), sino que es la subjetividad (del grupo) la que propone los ejes para la constitución de aquél. Así, se dice que los procesos que hacen al sujeto son **Transubjetivos**, es decir, están más allá de cada sujeto en particular.

En fin, podemos acotar también, junto con Perrés (1998), que no es posible pensar en “la constitución de la subjetividad sin partir de la alteridad, de la otredad, la que precisamente por una compleja dialéctica intersubjetiva permite dicha constitución, haciendo emerger paulatinamente al sujeto a través de distintos momentos fundantes” (p. 102).

Justamente uno de esos momentos fundantes resulta ser el ingreso del sujeto al mundo simbólico del Lenguaje por todo lo que ello implica y que tratamos de esbozar en el capítulo anterior, sin embargo, creemos pertinente retomar algunas consideraciones por la relevancia que tiene dentro de la relación sociedad-sujeto.

3.2 RELEVANCIA DEL LENGUAJE EN LA RELACIÓN SOCIEDAD-SUJETO

Expresábamos al inicio del punto anterior que la realidad social de los hombres se genera como unidad dialéctica de sujeto y objeto (sociedad), no obstante, “el objeto es porque hay sujeto..., un sujeto que lo Nombra y modifica” (Gutiérrez y Delgado, 1995; p. 157, subrayado nuestro) o como lo expresa Noya (1995), la construcción social de la realidad es elaborada por los individuos en sus actos de habla.

De este par de ideas podemos inferir que en la relación dialéctica de sociedad y sujeto, el lenguaje aparece como instrumento indispensable para su constitución (Amuchástegui, 1996) puesto que para existir en el mundo humano es necesario ser representado; en palabras de Castoriadis (1983), la sociedad y el sujeto deben **definir** su identidad para no ser caos indiferenciado. Recalquemos que una “definición” implica tomar la palabra, elegir unos significantes y descartar otros. Así, tanto el sujeto como la sociedad están atravesados por la dimensión del lenguaje.

Acotemos ciertas ideas sobre el lenguaje para captar las consecuencias de esta situación pero sin olvidar que nuestras disertaciones tienen cierto alcance, cierto límite.

Como ya habíamos mencionado el lenguaje evoca una cosa por medio de un sustituto que no es la cosa en sí y que tal acto de sustitución implica también una mediación por la cual el individuo toma distancia respecto a lo vivido y que le suministra una referencia posible para volver sobre sí; basados en el acto sustitutivo inherente al lenguaje digamos que esto implica una Escisión entre la cosa y el Signo, entre el Ser del sujeto y lo que lo representa (el Significante), lo que resulta “necesario” para devenir sujeto puesto que “el instalarse en el registro simbólico del lenguaje y de la familia representa para el niño una delimitación de su individualidad en el seno del grupo familiar y en el seno de la sociedad global” (Riflet, op. cit; p. 133), dado que ingresar al lenguaje significa pertenecer a un grupo social, mismo que es quien nos introduce a él.

Ahora bien, lo que se desprende de lo arriba señalado, esto es, de que la sociedad o lo social se encuentra atravesado por el lenguaje, es que, similar a lo que acontece con el sujeto (aunque creemos que también de una manera distinta), la sociedad no es algo completo; el Otro tampoco está completo como dice Gerber (1990).

Teniendo entonces en cuenta que hablamos desde cierto lugar, podemos atrevernos a decir que la **Sociedad** y el **Sujeto** están atravesado por la **Escisión**, por aspectos “irracionales”, “incoherentes” y discontinuos, por “sinsentidos”; en fin, están marcados por la subjetividad y por la incompletud siendo éstas el “precio” a pagar por pertenecer al orden del lenguaje y de la cultura, por las que tenemos acceso al mundo propiamente humano.

Al respecto dice Braunstein (1990): “la pérdida (de la “completud”) es irremisible, y para vivir hay que pagar” (p. 44) aún y cuando “nunca se (acabe) de perdonar al ladrón” (ibíd, p. 46).

Resumiendo, las consecuencias que se desprenden del hecho de que tanto el sujeto como la sociedad estén atravesados por la dimensión simbólica es, someramente, que

ambos pertenecen a un plano histórico que de alguna manera posibilita el “volver sobre sí” y que no sean entidades completas. Además, ambos pertenecen a una dimensión ‘atravesada’ y constituida por Signos y símbolos, siendo lo social quien propone tales elementos al sujeto e inherentemente le impone leyes y prohibiciones a cambio de “seguridades” (Paris, 1990).

Es justamente por proporcionar seguridad y certezas, entre otras cosas, que resulta de vital importancia el que percibamos al Otro, a la sociedad como algo coherente, unitario y con “sentido”.

Vinculado a esto, agregue mos que “para que la ley (la Ley del lenguaje-Ley de la Cultura) cumpla con su objetivo de sostener la imposibilidad del goce⁴ es preciso que la sociedad humana se organice a partir de un cierto espejismo, un cierto como si” (Gerber, 1995; p. 81); entonces la única alternativa para asegurar la cohesión social es que los sujetos “actúen en base a un como si: el Otro no está completo pero es preciso actuar como si lo estuviera” (ibíd, p. 82), de ahí que se diga que la realidad social se organiza a partir de cierto fantasma (aún y cuando esto también apunta a otra cosa).

Recordemos que a pesar de la escisión existente entre Ser y Significante, éste último trata de dar consistencia de Ser al sujeto, lo cual implica una ilusión, misma que se vincula con el orden Imaginario trabajado por Lacan; pues bien, aunque esta noción de Imaginario es mucho más compleja sirva aquí la idea expresada por Castoriadis (1983) en relación a que “hablamos de imaginario cuando hablamos de algo inventado”(p. 219), es decir, una ilusión de la que tiene necesidad lo social para su funcionamiento al dar unidad, coherencia, lógica y sentido; para ocultar que tales cosas no las hay.

⁴ *Al parecer el “precio” a pagar, desde una perspectiva psicoanalítica, es una renuncia al goce, a la satisfacción plena y sobre esta renuncia, que bajo la forma de prohibición - del incesto- es la base de la Cultura.*

Concluamos diciendo respecto al sujeto que las significaciones e imaginarios sociales intervienen en su constitución, pues tales significaciones “inducen a pensarse e imaginarse de una manera específica frente al mundo, condicionando, simultáneamente, las formas de sentir, actuar y establecer relaciones” (Rivas, 1996; p. 218). Esa es la paradoja del discurso social y esa su estrategia: “petrificar el significante por medio de las identificaciones y de las idealizaciones” (Pereña, 1995; p. 468), esto es, se induce a que el sujeto se reconozca e identifique en el Otro imaginario, en la sociedad como lugar dador de certezas y podemos atrevernos a decir que la identidad es parte de ese juego.

Capítulo 4

CONSIDERACIONES EN TORNO A LAS NOCIONES DE IDENTIDAD Y DE IDENTIFICACIÓN

“Lejos de prometer la recuperación de una mítica completud, el psicoanálisis exige hacer la experiencia de una pérdida...” (Gerber, 1992; p. 79).

En el capítulo anterior, referente a la relación entre sujeto y sociedad, decíamos que el surgimiento del capitalismo industrial, según Zaretsky (op. cit.), originó una nueva búsqueda de identidad personal y que tal búsqueda del sentido se realiza principalmente en la familia, que es precisamente dentro de ella que el hombre se constituye propiamente como humano, como sujeto.

No obstante, actualmente, en una época denominada Postmodernismo, impera una ideología individualista que en el fondo concibe al hombre como ser asocial y “autónomo” (Birulés, 1993), independiente y en oposición con el mundo que le genera y que le constituye.

Es aquí, en el marco de una sociedad que habla de globalidad y que aboga por una realización personal, en todos los sentidos, donde asistimos por todas partes a una búsqueda de identidad; por supuesto que “el derecho a ser íntegramente uno mismo, a disfrutar al máximo la vida, es indispensable de una sociedad que ha erigido al individuo libre como valor cardinal y no es más que la manifestación última de la ideología individualista” (Lipovetsky, 1986; p. 7-8).

En esto último vislumbramos la relación antes manejada sobre sujeto y sociedad, respecto a la vinculación estrecha entre los imaginarios sociales y la constitución del sujeto. Además, al abordar el tema de la Identidad, nos encontramos con una problemática similar,

que no la misma, en lo que se ha denominado “El retorno del sujeto” en la Sociología (Giménez, 1992).

Así, el tema de la Identidad nos pone pues frente a la diversidad, ante lo propiamente humano: la subjetividad, por ello nuestro pensar sobre la identidad puede verse como una reflexión-construcción del sujeto, como una manera de afrontar las situaciones sociales en las que convivimos (cambios en los imaginarios sociales). He aquí también el contexto en el que pretendemos reflexionar la Identidad, considerándola como un eje o “pretexto” para pensar lo social y lo subjetivo, para unir lo público y lo privado (aunque siempre han estado unidos).

En nuestro primer acercamiento al concepto de la Identidad seguimos a Abbagnano (op. cit.) quien señala que se han dado tres definiciones fundamentales con relación al concepto de identidad. En la primera se la considera como unidad de sustancia (que se remonta hasta Aristóteles), es decir, “la cosa es idéntica a sí misma” (ibíd., p. 640). He aquí aquella postura expuesta más arriba que anula la validez y utilidad de la ciencia al cerrar epistemológicamente la problemática del sujeto y de su identidad (en nuestro caso).

En la segunda definición se hace referencia, en parte, a la igualdad de una cosa a sí misma pero sobre todo a la posibilidad de que dos cosas sean idénticas, iguales entre sí, de ahí que el concepto de identidad aquí implique cierta “sustituibilidad” puesto que si hay dos cosas totalmente iguales una puede remplazar a la otra.

La tercer definición dice que la Identidad puede ser establecida de manera arbitraria, tomando como base un criterio convencional; así, no puede afirmarse de una vez por todas el significado de la identidad puesto que depende del criterio que se tome para ser reconocida. En suma, la identidad puede ser establecida o reconocida de manera arbitraria, basados en un criterio particular y dentro de un determinado sistema lingüístico.

Esta última definición es la que más se acopla a la postura que pretendemos manejar, y decimos que se “acerca” porque se enmarca principalmente en un plano filosófico.

Por lo anterior, nuestra intención en este capítulo es recuperar de la obra freudiana o inferir de ella lo que pueda dar cuenta de la noción de Identidad; señalando de antemano que el concepto que nos guiará en un inicio no será el de **Identidad** propiamente, sino el de **Identificación** debido a que el concepto de Identidad está permeado por nociones de disciplinas que van desde las Matemáticas hasta la Sociología, pasando por la Antropología, la Filosofía, la Psicología y la Narrativa, entre otras; pretendemos pues con esto pensar a la Identidad desde otro lugar. Además, en la recuperación de las obras de Freud procuraremos llevar cierto orden cronológico.

El concepto de Identificación, dicen Laplanche y Pontalis (1977), va adquiriendo un valor central en la obra de Freud a medida que esta se va desarrollando y hace de él “la operación en virtud de la cual se constituye el sujeto humano” (ibid, p. 192); no obstante, hay que reconocer que el concepto de Identificación no vale por sí mismo, adquiere sentido y existencia, en nuestro caso, solamente dentro de toda la estructura teórica (y metodológica) del Psicoanálisis. Si bien esto es cierto debemos tener presente que no podemos abarcar toda la teoría psicoanalítica ni es nuestro propósito, así, aún y cuando resaltemos un tema necesariamente tendremos que tocar otros pero no exhaustivamente.

Regresando al concepto de Identificación, Laplanche y Pontalis (ibid) mencionan que fue utilizado por Freud tempranamente en relación con los síntomas histéricos aunque también la utiliza al ahondar más en los hechos denominados de Imitación y “Contagio mental”; al respecto, dicen, Freud los explica por la existencia de un elemento inconciente común a las personas entre las que se produce el hecho en cuestión: “la identificación no es una simple imitación, sino una apropiación basada en la presunción de una etiología común; expresa un “como si” y se refiere a un elemento común que existe en el inconciente” (ibid; p. 193), el cual es un “fantasma”.

Freud, continúan los autores antes citados, observa también muy pronto la posibilidad de que varias identificaciones puedan **coexistir** y de ahí el hecho de que hable de **pluralidad de personas psíquicas**. Después, la noción de Identificación se enriqueció con diversas aportaciones. Aportaciones que dichos autores señalan en algunas de las obras de Freud y que trataremos de seguir a continuación en nuestra tentativa de conocer y señalar que es eso a lo que llamamos Identificación y que creemos puede arrojar luz sobre lo que se conoce como Identidad.

4.1 ANÁLISIS DEL CONCEPTO DE IDENTIFICACIÓN (en la obra de Freud)

Ya en **1897**, en su correspondencia con Fliess (publicada en 1950), Freud habla de Identificación relacionándola con la posibilidad de una formación de síntoma en las histerias y con las melancolías o depresiones en las neurosis. Respecto a los síntomas histéricos en **1900**, al exponer el carácter de cumplimiento de deseo de los sueños, dice acerca de una paciente: “en efecto, es su propio deseo que a su amiga se le niegue un deseo... pero en lugar de ello sueña que a ella misma no se le cumple un deseo. El sueño cobra entonces una nueva interpretación...si se ha puesto en el lugar de (aquella) o, como podemos decir, se ha identificado con ella” (Freud, 1900; p. 167).

Aquí, Freud vuelve a señalar la relevancia de la Identificación sobre el mecanismo de los síntomas histéricos y agrega que “no es simple imitación, sino apropiación... expresa un ‘igual que’ (como si) y se refiere a algo común que permanece en lo inconciente” (ibíd, p. 168). La histérica se identifica en sus síntomas, preferentemente, con las personas con quienes ha tenido comercio sexual o que lo tienen con las mismas personas que ella.

Ahora, respecto al vínculo entre Identificación y la depresión o melancolía y la presencia de estas en las neurosis dice Freud en **1915**: “Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una afrenta o un desengaño de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto. El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a

uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse parece requerir varias condiciones. La investidura de objeto resultó persistente, fue cancelada pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado (el yo se ‘apropia’, se ‘asemeja’ al objeto perdido). De esa manera la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo y el conflicto entre el yo y la persona amada en una bifurcación entre el yo crítico y el yo alterado por identificación” (Freud, 1915; p. 246-247). De ahí que una de las características de la depresión o melancolía sean ciertos “autoreproches” que en realidad, además de representar el conflicto arriba expuesto, van dirigidos al otro.

Una obra de Freud que, a pesar de que no la explicitan Laplanche y Pontalis (op.cit.) resulta relevante en el desarrollo del concepto de Identidad es la de “*Tres ensayos para una teoría sexual*”, publicada en **1905**, pues en ella va exponiendo algunos procesos que tienen que ver con el desarrollo psicosexual del individuo.

En tal obra, tras hablar de fuerzas pulsionales sexuales y sus metas, Freud menciona que el desarrollo del individuo tiene lugar gracias a la orientación, o mejor aún, a la Reorientación de las fuerzas pulsionales con relación a sus metas. Aquí, Freud expone también que la constitución sexual del individuo ‘atraviesa’ por distintas fases en las que pueden vislumbrarse ciertas “organizaciones” para la consecución de placer.

Las organizaciones iniciales que se presentan son la Oral y la Anal (les siguen un período de latencia y la organización Genital); en la primera, la actividad sexual todavía no se separa de la nutrición y la meta sexual “consiste en la **INCORPORACIÓN** del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de **IDENTIFICACIÓN**, desempeñará un papel psíquico tan importante” (Freud, 1905; p. 180; subrayado en el original).

En la segunda fase, continúa Freud, ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual, aunque todavía no se consideran masculino y femenino sino activo y pasivo. En ella la actividad sexual es producida por la pulsión de apoderamiento a través de los músculos corporales y la mucosa erógena del intestino se constituye como órgano de meta sexual pasiva.

Posteriormente, en cuanto a la elección de objeto, Freud expone que ésta se realiza en dos tiempos: en un inicio se presenta entre los dos y los cinco años y se detiene con el período de latencia; este primer tiempo se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. El segundo momento o tiempo se presenta en la pubertad y en ella se tiene que renunciar a los objetos infantiles y comenzar nuevamente como corriente sensual; es en este momento que se “determina la conformación definitiva de la vida sexual” (ibíd, p. 182).

De lo arriba señalado resaltemos el que una de las consecuencias de las reorientaciones de las fuerzas pulsionales serán los lazos afectivos que darán paso a las identificaciones y que en esta obra Freud hable de Identificación vinculándola, a manera de prototipo, a la incorporación “oral” del objeto que al parecer es retomado en obras posteriores.

Además, en la conformación sexual definitiva hay una meta sexual que para ser alcanzada es necesaria la cooperación de las pulsiones parciales, al tiempo que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital. El resultado de estos procesos irán constituyendo lo que se conocerá como “identidad” psicosexual.

La **identidad psicosexual**, vista como el efecto o resultado de los procesos presentes en las fases por las que el sujeto “atraviesa”, nos brinda el paradigma de lo que podemos llamar Identidad y veremos más tarde porqué.

Por el momento centrémonos en otros dos textos freudianos que enriquecen la noción de Identificación y que son “*Introducción al narcisismo*” (1914) y “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (1921).

En el primer escrito, que data de **1914**, Freud comenta que el histérico y el neurótico obsesivo han resignado el vínculo con la realidad y que, de alguna manera, han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas, no obstante, aún lo conservan en la fantasía; esto es, pareciera ser como si hubieran sustituido los objetos reales por otros imaginarios o los han mezclado; además, han renunciado a emprender acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos.

De esto se van desprendiendo tesis que llevan a Freud a afirmar más adelante que “la libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo” (Freud, 1914; p. 74). Esta sustracción implicaría una resignación de investidura de objeto y que podría constituir ya una primer identificación o apropiación (de afuera nos viene la vida, decíamos antes). Al respecto dice Freud (1915), “la identificación narcisista es la más originaria” (p. 248).

Sin embargo, la vida anímica se ve compelida a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos cuando la investidura del yo ha sobrepasado cierta medida; sobre esto acota Freud (1914), “un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo” (p. 82).

Ahora, si bien alcanzada cierta investidura del yo, éste traspasa su narcisismo y busca poner libido en objetos, éstos no podrán ser cualquiera. Freud esboza en su “*Introducción al narcisismo*” (op. cit.) que todo ser humano tiene frente a sí dos caminos para la elección de objeto: el narcisista, es decir, se busca a sí mismo como objeto de amor; o el de apuntalamiento, esto es, según el modelo de la madre.

Vislumbramos, en este traspasar los límites del narcisismo, la presencia del (O)tro, de los objetos externos portadores y representantes ya de cultura, de prohibiciones, valores y leyes. De ahí que Freud comente que mociones pulsionales sucumben al destino de la represión al entrar en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo. Ahora, respecto a la relación entre narcisismo, represión y cultura digamos solamente, con Freud, lo siguiente: “la formación de (un) ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión y sobre este yo ideal recae ahora el amor a sí mismo (narcisismo) de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez” (ibid, p. 90-91).

Además, expresa más adelante (aunque ya no refiriéndose al yo ideal sino al ideal del yo)¹, “no nos asombraría... hallar una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observase de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal..., nuestra conciencia moral satisface esa caracterización” (ibid, p. 92) y prosigue, “la incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública)” (ibid, p. 92).

En la segunda obra, “*Psicología de las masas y análisis del yo*”, de **1921**, Freud dedica un capítulo al concepto de Identificación, mismo que sintetizaremos en seguida más otras ideas interesantes expuestas a lo largo de dicho texto.

En tal obra, Freud inicia haciendo ver que, si consideramos a fondo la oposición entre psicología individual y psicología social (o entre individuo y sociedad), ésta pierde su nitidez e incluso nos permite afirmar que no hay tal oposición pues “en la vida anímica del

individuo, el otro cuenta con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo” (Freud, *ibid*; p. 67) y de ahí que desde el inicio el sujeto, o la psicología ‘individual’ si se prefiere, es simultáneamente social y también de ahí que, más adelante, afirme que “no se sabe cuanto deben el pensador o el creador literario individuales a la masa dentro de la cual viven” (*ibid*, p. 79), por ejemplo.

Posteriormente, tras hablar de la libido (al contraponerla con la noción de sugestión) y luego de analizar a la Iglesia y al Ejército como masas “artificiales”), en el capítulo seis del texto, Freud acota que “en las relaciones sociales entre los hombres ocurre lo mismo que (para) la vía de desarrollo de la libido individual. Esta se apuntala en la satisfacción de las grandes necesidades vitales y escoge como sus primeros objetos a las personas que participan en dicho desarrollo” (*ibid*, p. 97-98).

Al mismo tiempo que afirma lo anterior y recupera otras ideas, hace notar que es en la familia donde tiene origen la masa. Pero resaltemos sobre todo que, en este punto, hable del ‘amor’ con relación a la libido y a las pulsiones pues, dice, que la índole de las ligazones al interior de la masa son ligazones afectivas (vínculos amorosos) desviadas de sus metas originarias.

Ya en el capítulo siete, dedicado propiamente a la Identificación, Freud considera a ésta como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona y que desempeña un papel en la prehistoria del Edipo: “el varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal... Contemporáneamente a esta identificación con el padre, y quizás antes, el varoncito emprende una cabal investidura de objeto de la madre según el tipo de apuntalamiento. Muestra entonces dos lazos psicológicamente diversos: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo. Ambos coexisten un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la unificación de la vida anímica avanza sin cesar, y a

¹ *Una mejor distinción entre estas instancias aparece en “Psicología de las masas...”*.

consecuencia de ello ambos lazos confluyen a la postre, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo normal. El pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre" (ibíd, p. 99).

De esto se va desarrollando el que la Identificación, desde el comienzo, pueda ser ambivalente pues si bien puede orientarse hacia una expresión tierna también lo hace hacia el deseo de eliminación, comportándose como 'retoño' de la primera fase de la organización libidinal en donde el objeto anhelado se 'incorpora' por 'devoración' y es así que se aniquila como tal.

Siguiendo con la vinculación entre Identificación y el complejo de Edipo, más adelante se maneja la posibilidad de que éste experimente una inversión posteriormente, es decir, que se tome al padre por objeto, "un objeto del cual las pulsiones sexuales directas esperan su satisfacción" (ibid, p. 100). Si esto sucede la Identificación con el padre se convierte entonces en precursora de la ligazón de objeto que sobre él recae.

Dado lo anterior Freud explicita más abiertamente la distinción entre Identificación con el padre (del tipo arriba señalado) y una elección de objeto que recaiga sobre él; en el primer caso, dice que el padre es lo que uno querría SER (visto el padre como modelo) y en el segundo lo que uno querría TENER (visto como objeto de la pulsión). La distinción radicaría en que la ligazón recayera en el **sujeto** o en el **objeto** del yo.

Sin embargo, para dejar más clara la distinción entre ambos mecanismos Freud expone que la Identificación o ligazón afectiva (con un objeto) es posible antes de cualquier elección (sexual) de objeto y que, de hecho, la Identificación es la primera forma de lazo afectivo así como la más originaria.

En este punto de la obra Freud habla de las relaciones de la Identificación con la formación de síntoma, aspecto que ya había analizado en textos anteriores pero que aquí lo

retoma para seguir con el tema precedente (Identificación con el padre-elección de objeto). Al respecto dice que la identificación puede pasar a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto "por la vía regresiva", a través de la introyección del objeto en el yo; textualmente comenta: "bajo las constelaciones de la formación de síntoma, vale decir, de la represión y del predominio de los mecanismos del inconciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto" (ibid, p. 100).

Y agrega inmediatamente "es digno de notarse que en estas identificaciones el yo copia en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada. Y tampoco puede dejar de llamarnos la atención que, en los dos, la identificación es parcial, limitada en un grado sumo pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto" (ibid, p. 101).

Seguidamente, y todavía extraída de la relación entre la formación de síntoma y la Identificación, Freud comenta que hay casos en que ésta "puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales" (ibid, p. 101). Esto se da cuando uno de los 'yo'² percibe en el otro una analogía en cierto punto y después crea una Identificación en dicho punto; tal Identificación es "el indicio de coincidencia entre los dos 'yo', que debe mantenerse reprimido" (ibid, p. 101).

Es este caso de ligazón recíproca que mantiene cohesionada a la masa o grupo; en ella se comparte una importante comunidad afectiva, que a su vez reside en el modo de la ligazón con el conductor o líder.

Otras nociones sobre la participación de la Identificación en la vida anímica son acotadas por Freud respecto a la génesis de la homosexualidad masculina y las melancolías, aspecto que ya esbozamos antes.

² Cabe señalar que aquí, Freud está pensando en dos adultos o en la masa.

En cuanto al primer rubro, lo sintetiza de la siguiente manera: "el joven ha estado fijado a su madre, en el sentido del complejo de Edipo, durante un tiempo y con una intensidad inusualmente grandes. Por fin, al completarse el proceso de la pubertad, llega el momento de permutar a la madre por otro objeto sexual. Sobreviene entonces una vuelta repentina; el joven no abandona a la madre, sino que se identifica con ella; se trasmuda en ella y ahora busca objetos que puedan sustituirle al yo de él, a quienes él pueda amar y cuidar como lo experimentó de su madre... Llamativa en esta identificación es su amplitud: trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual) según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto" (ibid, p. 102). Así, el joven se identifica con el objeto perdido o resignado, en sustitución de él y es introyectado en el yo.

Respecto a la melancolía reconoce que el análisis de esa afección proporciona otro ejemplo de la introyección del objeto pues de la cruel "autocrítica", característica de la melancolía, se vislumbra que los "autorreproches" en realidad se aplican al objeto y constituyen la "venganza" del yo sobre él.

Algo relevante en esta exposición sintética en torno a las melancolías radica en que muestra a un yo dividido, "descompuesto en dos fragmentos, uno de los cuales arroja su furia sobre el otro. Este otro fragmento es el alterado por introyección, que incluye al objeto perdido. Pero tampoco desconocemos al fragmento que se comporta tan cruelmente. Incluye a la conciencia moral" (ibid, p. 103).

Ya en la obra sobre el narcisismo Freud adoptó la idea de que en nuestro yo se desarrolla la instancia que aquí recupera en calidad de 'agresor', de crítico; dice que tal instancia se separa del resto del yo y que puede entrar en conflicto con él, también le llama "ideal del yo" y le atribuye las funciones de observador del yo, de conciencia moral, de censor onírico y de gran influencia en la represión; al igual que en el texto anterior, en ésta, considera a tal instancia como "herencia" del narcisismo originario y que poco a poco toma de la influencia del medio las exigencias que éste plantea al yo.

Otros aportes en cuanto al concepto de Identificación los expone Freud en los capítulos siguientes al dedicado explícitamente a ella; de entre esos aportes podemos recuperar los siguientes.

Tras de analizar lo que sucede en el enamoramiento, Freud hace una distinción entre éste y la Identificación, pues: "en el caso de la identificación el objeto se ha perdido o ha sido resignado; después se lo vuelve a erigir en el interior del yo, y el yo se altera parcialmente según el modelo del objeto perdido. En el otro caso el objeto se ha mantenido y es sobreinvertido como tal por el yo a sus expensas" (ibid, p. 107-108). Sin embargo, existe la posibilidad de que pueda haber identificación y el objeto se conserve, esto ocurriría cuando el objeto es puesto en el lugar del yo o en el del ideal del yo y como ejemplos están la hipnosis y, más complejo, la masa del tipo que Freud considera en esta obra (*Psicología de las masas...*), pues los miembros de tal grupo "han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo" (ibid, p. 110).

Además, agrega después, el sentimiento social descansa en el cambio de un sentimiento, al inicio hostil, en una ligazón de cuño positivo, es decir, de la índole de una identificación, dado que al infante no le es posible perseverar en una actitud hostil (que se presenta ante un hermano recién llegado, por ejemplo) **ES COMPELIDO A IDENTIFICARSE** con los otros niños y es así como se va formando un sentimiento de masa o de comunidad.

Terminemos nuestra exposición de "*Psicología de las masas y análisis del yo*" citando nuevamente a Freud: "Cada individuo es miembro de muchas masas, tiene múltiples ligazones de identificación y ha edificado su ideal del yo según los más diversos modelos. Cada individuo participa, así, del alma de muchas masas... y aún puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y de originalidad" (ibid, p. 122).

Recurrimos a esta cita porque si bien el sujeto se origina en la intersubjetividad, entre el espacio creado por otros sujetos-subjetividades vistos al mismo tiempo como singularidades y colectividades, aquél llega a ser esto: una colectividad y una singularidad, un sujeto-social, una interioridad-exterioridad. Decimos esto para tratar de no reducir al sujeto pues si bien es un sujeto del Inconciente también es un sujeto con Inconciente; es un sujeto que es hablado pero también hablante.

Para finalizar el presente capítulo resumamos algunas ideas generales aquí expuestas aún y cuando ello implique cierto esquematismo.

El narcisismo, visto por Freud, aparece como una 'acción psíquica' originada de y en una sustracción de libido del mundo "exterior" que es conducida hacia el yo, entendiendo aquí como "mundo exterior" a la presunta existencia de otras personas y de lo social y sin ver a un 'yo' ya conformado pues éste, como Freud (1914) dice, "tiene que ser desarrollado" (p. 74).

Y, precisamente, el desarrollo del individuo tiene lugar gracias a la reorientación de las fuerzas pulsionales sexuales con relación a sus metas (Freud, 1905) y tales reorientaciones implican la presencia de lo social, de la cultura y de la familia pues representan ciertas prohibiciones, cierta puesta de "diques" y ciertas exigencias.

Al respecto, dice Freud en "*Psicología de las masas...*": "en la masa aparecen restricciones del amor propio narcisista que no tiene efecto fuera de ella..." (p. 98) y "aquí nos encontramos con pulsiones de amor que sin actuar por eso de manera menos enérgica, están desviadas de sus metas originarias" (ibid, p. 98).

Se tiene entonces que "el niño es compelido a identificarse con los otros niños" (ibid, p. 114) y que tal identificación, a pesar de este carácter impositivo, es el origen del sentimiento social.

Así pues la identificación narcisista es la más originaria y el primer modo como el yo distingue a un objeto (Freud, 1915) pero en el desarrollo del sujeto la identificación presupone la resignación de objeto, el cual se vuelve a erigir al interior del yo quien, a su vez, se altera en ese proceso (Freud, 1921).

Hagamos un paréntesis para decir que la palabra **Resignar** puede ser vista de diversas maneras, por un lado, como haciendo referencia a que el sujeto pierda "su" objeto o que "renuncie" a su investidura y, por otra parte, puede hacer referencia a que el objeto se interiorice y/o incorpore, dejando de ser un objeto "externo" para ser uno "interno", constitutivo del yo; además, podemos agregar que en esa re-significación el objeto que se incorpora ya no es el mismo objeto, que ha dejado de ser el mismo.

En fin, "la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como modelo" (ibid, p. 100). Señalemos también que la Identificación es parcial, es decir, que el yo se altera bajo un único rasgo del objeto y que en esta alteración del yo respecto a otro puede vérselo como un yo escindido, fragmentado.

Otras características de la Identificación son: que no es simple imitación sino Apropiación (Freud, 1900), apropiación del otro que es "vívida-representada" como incorporación. La Identificación es ambivalente desde el inicio aunque la parte hostil no se perciba gracias a la represión (Freud, 1921) y no sólo eso sino que coexisten varias Identificaciones al interior del sujeto que, según Laplanche y Pontalis (op. cit.), constituyen lo que conocemos como la personalidad del individuo o como dice Strachey en el prólogo de "*Duelo y Melancolía*" (1915), tales Identificaciones son en buena parte la base de lo que llamamos el "carácter" de una persona. Ambas afirmaciones concuerdan con lo que aquí queremos manejar como Identidad.

4.2 REFLEXIONES SOBRE LA NOCIÓN DE IDENTIDAD

“El saber del yo es desposesión de sí mismo, ocultamiento para con uno mismo, ignorancia de sí. Lo que yo sé es pérdida de lo real. No porque lo que yo sepa sea ficción o porque sea parcial, sino porque el saber es destrucción de lo real, apropiación de lo imposible para el campo del saber. Y ese saber es preparación al conocer... eso que sabe es obstáculo a lo que no sabe. Pero eso real de lo cual no posee saber le posee a él, lo causa y lo determina. Es lo que no sabe” (*Vicens, 1996; p. 98*).

A lo largo del presente trabajo hemos tratado de superar aquel falso dualismo entre sujeto y objeto y entre sujeto y sociedad existente en el campo Psí y al cual van dirigidas nuestras reflexiones y argumentos.

Si bien, en este intento nuestro de evidenciar tal postura y de no caer en ella hemos utilizado el concepto de “Dialéctica” por creer que se acercaría más a la manera que proponemos de ver y escuchar aquello propiamente humano, por momentos dicha noción no ayuda del todo dado que al expresar que tanto sujeto y objeto como sujeto y sociedad se vinculan “dialécticamente”, que a partir de esa unión se van constituyendo, el término dialéctica parece remitir a cierta “exterioridad” entre los elementos en juego, idea que por lo menos merecería ser cuestionada y analizada.

No obstante, si nos permitimos, por el momento, ver a tal noción de dialéctica, antes que nada, como a un orden de lenguaje, como a un discurso que nos permite reflexionar sobre lo que sucede en la psique puede ser útil, aunque no definitiva ni concluyente pues como argumentamos en nuestro trabajo, la esencia de las cosas se oculta, o mejor aún, no hay tal esencia.

Siguiendo esta última idea y basados en los argumentos trabajados a lo largo de la presente obra nos parece acertado decir que el devenir sujeto implica instalarse en el plano de la “apariencia”, de la ilusión. Es por esto que podemos afirmar que la identidad da al sujeto una noción de permanencia, puntos fijos, a manera de referentes, sobre los cuales ubicarse y marca las fronteras del “yo”, circunscribe su unidad y su cohesión (Paris, 1990); aspectos éstos que, llanamente, pueden ser comprendidos un poco más al recurrir al registro de lo Imaginario trabajado por Lacan pero enriquecido por Castoriadis (1983,1992) al vincularlo abiertamente con lo social y con el sujeto, obviamente.

Agreguemos que este registro de lo Imaginario necesita de otro: el Simbólico, no sólo para expresarse sino para existir de ahí que, forzando un poco las cosas, la noción de Identidad, dentro del Psicoanálisis no pueda remitirse únicamente al plano de lo Imaginario (en términos de Lacan) y no solamente por eso sino porque no deja de tener efectos a nivel Preconciente-Conciente.

Digamos entonces que la identidad, en el plano del lenguaje (como aquí lo abordamos) parece darle al sujeto cierta “dirección” pero que nunca llega a la meta ni es algo que pueda cosificarse; no es el significado ni la cosa en sí sino su representante y como “intuimos” o sabemos de alguna manera que no somos eso que decimos ser, volvemos constantemente sobre ello para seguir contándonos, para “encontrarnos”, para tapar los huecos y hacernos coherentes, para “engañarnos” y dejarnos engañar diciendo que sabemos lo que decimos, lo que hacemos y hacia dónde nos dirigimos. Ponerse en palabras significaría así, existir en y por el lenguaje aún y cuando quede un resto inaprehensible: el núcleo de nuestro ser, lo in-significante; el sí mismo que posibilita toda enunciación pero que no puede ser hablado ni representado, que no pertenece al orden del lenguaje pero que le sirve de motor.

Ponerse en palabras sería, entonces, como ir en busca de ese sí mismo, de la completud, lo cual nunca se logra; por eso existe la posibilidad de ir de identidad en identidad y de narración en narración, porque ninguna es la “correcta” y porque “el sujeto

se desconoce al colocarse bajo los emblemas de un sí mismo, de un self que pegotea su pedacería gozante en una imagen unificada y totalizante de sí y del otro” (Braunstein, 1990; p. 58). Esto, por supuesto no es un acto voluntario del individuo, tampoco del sujeto (aunque si en parte) sino de la actividad psíquica y subjetiva que lo constituye como tal y que hasta llega a trascenderlo.

La identidad, así, aparece como una construcción en la que intervienen aspectos Inconcientes, Preconcientes y Concientes, además, puede concebirse también como un “producto” de la dinámica inter, intra y transubjetiva.

Darse identidad implicaría, entonces, una actividad del sujeto y de su subjetividad; sería una creación: la capacidad de darse lo que no es (Castoriadis, 1983) a través de medios simbólicos aún y cuando de esto el sujeto no sepa nada.

Y si no quiere saber es porque no hay identidad, en el sentido más literal (identidad). Sin embargo, “falta de identidad todo sujeto es siempre sujeto a identificarse” (Gerber, 1995). Y se identifica con diversas ‘cosas’ (Significantes, en términos de Lacan) que el Otro le presenta, sobre todo con aquello que le es presentado como “maravilloso” o atractivo, cualidades que le vienen de ocupar un lugar muy singular: la del **ideal del yo**.

Así, toda sociedad ofrece a los sujetos modelos de identificación más o menos atractivos pero siempre con la finalidad de cubrir ese vacío: **la no coincidencia del sujeto consigo mismo, la no identidad**. Con esto tenemos nuevamente que si bien la identidad proporciona una manera de pensarse así mismo, sirve de “pantalla”, de imagen representación puesta en el lugar de otra cosa.

Pero más exactamente, podemos decir que en la identidad pueden verse tanto un aspecto latente como otro manifiesto, en el sentido psicoanalítico de los términos. Por esto, gran parte de lo que un sujeto puede “contarse” o comunicar a otros acerca de una

experiencia representa el aspecto manifiesto de la misma (Baz, 1994) y con relación a la “experiencia de sí mismo”, cabe señalar lo mismo.

Es bajo premisas como estas que en nuestro trabajo consideramos pertinente introducir la dimensión del lenguaje y que lo sugerimos y proponemos como instrumento que nos permita abordar la subjetividad, al sujeto y su identidad. Por eso, para nosotros, abordar la identidad requiere de métodos que no se enfoquen solamente en el aspecto meramente manifiesto de la misma, como sucede en la Psicología y en la Sociología tradicionales sino que vale la pena, nuevamente desde donde nosotros la concebimos, recuperar en lo posible aquellos procesos subjetivos e inconcientes que determinan eso que llamamos identidad y que se puede ver como un “precipitado” de todas aquellas identificaciones que nos vemos compelidos a hacer y que, estrictamente, pertenecen al plano inconciente pero que no cesan de producir “efectos” a nivel Preconciente-Conciente, pues como ya hemos expresado, en la noción de identidad se conjugan aspectos intersistémicos además de psicosociales.

Otra cuestión que queremos seguir resaltando es la inseparabilidad del sujeto, de la subjetividad y de lo social y teniendo en cuenta que el sujeto es compelido a identificarse con aquellos imaginarios sociales que puedan darle seguridad y certezas, pensemos en la posibilidad de que los cambios recientes en nuestro entorno, que responden a lo que puede llamarse ‘crisis’ sociopolítica e incluso económica, o más general, una crisis en cuanto a lo que es legítimo (Paris, op. cit.), tengan un gran impacto sobre el sujeto.

Llamamos la atención sobre esto debido a las consecuencias que puedan tener puesto que cuando existe una crisis de legitimidad, se puede presentar una especie de ruptura de la Identidad, manifestándose en un “repliegue” del sujeto sobre sí mismo y en la proliferación de la violencia y del caos dentro de la sociedad en la cual se vive dicha crisis, pues en ella se ven cuestionadas y ‘perdidas’ las expectativas y las vinculaciones sociales que antes le daban legitimidad.

Esto es así dado que el sujeto (y su identidad) se va constituyendo a través de los discursos dominantes calificados como verdad por el grupo al que pertenece (Amuchástegui, 1996) que, al ser cuestionados implican un cambio en la subjetividad de los sujetos.

De lo anterior surge un problema que queremos explicitar, por un lado, hay quienes afirman que al vivir en una sociedad de cambios tan rápidos como violentos el sujeto ha ido perdiendo las certezas (con esas certezas con las que se identificaba), mientras que por otro lado, hay quien dice que, precisamente porque el proceso de individuación se da por identificación seguirán existiendo grupos (como órdenes coherentes), en los cuales el sujeto puede encontrar una multiplicidad de roles y por lo que el proceso de modernización, entendido como ruptura de creencias, no significa necesariamente un lanzamiento del sujeto al vacío.

Si bien el problema anterior lo podemos resumir en: ¿qué se necesita para la constitución del sujeto? también está otro que apunta al sujeto por el cual apuesta cada perspectiva.

En la segunda opción, aunque es cierto que es muy probable que sigan existiendo órdenes coherentes con los cuales el sujeto se identifique la otra postura no niega esto pero sobre todo deja entrever una preocupación por el contenido de esos órdenes “coherentes” y por el sujeto que podría resultar de ellos.

Así, decir que la identidad del sujeto se da por identificación y que dicha identidad proporciona al sujeto seguridad, coherencia y certidumbre no basta, porque pareciera remitir a un sujeto ‘pasivo’, que se adapta, que, a pesar de necesitar de los discursos del grupo y de lo social, en general, para existir no tiene posibilidades de cuestionarlos; creemos que un sujeto así no sólo tiene una identidad “estable” y “firme” sino que se encuentra atrapado en ella. Por el momento queremos agregar que, para nosotros, hay algo

que escapa al lenguaje, hay algo que la identidad no cubre, no oculta y entonces la identidad aparece como insuficiente.

Ahora, al hablar de los vínculos entre la identidad, la identificación, el sujeto y la subjetividad y el lenguaje vemos que existe la posibilidad de que dicho sujeto pueda ponerse en cuestión a sí mismo y al orden social; en este sentido la postmodernidad sí implica un lanzamiento al “vacío” del sujeto pues, en términos más psicoanalíticos, es confrontado con la experiencia de castración y la angustia generada por las preguntas más agudas sobre el ser y el deseo (interrogantes que la identidad y otros imperativos sociales tienden a acallar): ¿qué y quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy?; interrogantes de los que el psicoanálisis puede ocuparse (Gerber, 1995), por supuesto, no para dar respuesta pero sí para proponer ideas respecto a lo que ocurre en y con la identidad del sujeto, para proponer ideas del cómo se forma y del papel que ocupa ante el sujeto.

Con esto reforzamos una idea esbozada en el presente trabajo: nuestras reflexiones sobre la identidad pueden ser vistas como una apuesta por el sujeto y por la subjetividad, dado que ser sujeto, y ser autónomo, es ser alguien y no todo, es ‘cargar’ objetos determinados y ‘cargar’ su identidad: la representación de sí como sujeto autónomo (Castoriadis, 1992).

CONCLUSIONES

Decíamos que nada es para nosotros fuera de la representación, que todo debe pasar por ella para que pueda existir en el mundo humano; lo mismo vale para el sujeto, éste tiene que representarse (re-presentarse) para existir como tal, necesita definirse, definir su identidad, decir quién es, identificarse pues de lo contrario sería un caos indiferenciado del mundo que le rodea.

Así, el sujeto, al definirse, queda “capturado” en una serie de significantes que lo van constituyendo. Sin embargo, parecería paradójico y contradictorio pero hay “algo” que escapa a la representación, algo que no se deja aprehender por la estructura signifiante y que permite, al mismo tiempo, toda enunciación, cualquier definición. Ese “algo” inaprehensible es el sujeto en sí, las *representaciones de cosa*, lo in-signifiante, el motor de la subjetividad y del sujeto pero también lo que, a manera de obstáculo, impide el cierre del sujeto sobre sí mismo.

Con lo anterior resaltamos al lenguaje como el medio ambiente primordial del hombre dado que es a través de él que podemos percibir y ordenar la realidad. Esto sin olvidar que dicho ordenamiento no es al azar; que el ordenamiento que hacemos de la realidad está codeterminado por el grupo social-subjetivo en el que nos venimos a inscribir.

Esto debido a que cada vez que emerge un nuevo sujeto, el orden social, cultural y en sí el orden simbólico se recrean o se “reproduce” en él; de ahí que se diga que el sujeto no sólo es hablante sino que también es hablado, que hay un Otro que habla a través de él. Bajo estas ideas la noción de sujeto-social adquiere un significado muy particular.

Es entonces la representación, el lenguaje, el orden simbólico lo que posibilita la existencia del sujeto pues es la existencia de un orden mediato lo que le permite al sujeto regresar sobre sí mismo, reconocerse en su subjetividad y distinto de todo lo que lo rodea.

Ahora, esta inseparabilidad del sujeto y del lenguaje tiene, además, una consecuencia o implicación muy singular: una “Renuncia” por parte del sujeto a su “Ser en sí”, un distanciamiento entre su Ser y el significante que le posibilita el ingreso al mundo humano.

No obstante, a pesar de que Ser y significante son inconciliables dicho significante o significantes tratan de dar consistencia de “Ser” al sujeto a través de una IDENTIDAD.

Darse identidad sería pues ponerse en palabras, definirse para poder existir, es “ocultar” la Escisión y la Renuncia del sujeto por su ingreso al mundo simbólico al mismo tiempo que son perpetuadas.

Dichas Escisión y Renuncia implican también la noción de Otro, que es “necesario” puesto que sin ese Otro permaneceríamos sin IDENTIDAD y sin inscripción social. Es en ese Otro sobre el cual se induce a los sujetos a que se reconozcan e IDENTIFIQUEN, un otro imaginario, constitutivo de la sociedad, un “lugar dador de certezas”, siendo los significantes y la identidad parte de ese juego de dar certidumbre al sujeto a cambio de sus renuncias; las identificaciones e idealizaciones permiten tales pérdidas al erigir un “objeto interno” a cambio del “externo”.

Tenemos entonces que la identidad pertenece a un plano imaginario pero que requiere del simbólico para poder existir. Es decir, la identidad se va conformando o “funciona” en un plano imaginario (plano al que corresponden también las identificaciones) para ocultar la escisión producida por el ingreso al mundo simbólico y la escisión en general del sujeto, para encubrir que esencia y apariencia no coinciden, para marcar puntos fijos de referencia y hacer como si el sujeto fuese una unidad coherente dado que requiere de esta ilusión para “funcionar”.

Estas últimas cuestiones significan que la identidad no por operar en el registro imaginario, se circunscribe a él únicamente pues, como ya habíamos dicho, requiere del

plano simbólico para existir; además, tal plano imaginario, y por ende la identidad, no cesa de producir efectos a otros niveles.

Surge entonces un problema que a lo largo de nuestro trabajo sólo se esboza y que queremos explicitar: Si la identidad puede verse como un precipitado de las identificaciones por las que nos vemos precisados a pasar, ¿En qué se diferencia de la noción de sujeto?. Y no sólo eso sino que, dentro de lo posible, se nos vuelve pertinente hacer también una distinción entre las nociones de identidad, sujeto, el “sí mismo”, el “yo” y la subjetividad dado que a lo largo de nuestro trabajo los percibimos como distintos aunque muy vinculados.

En fin, hemos abordado la noción de Identidad con relación a la problemática del sujeto y de la subjetividad desde una perspectiva psicoanalítica; pero también de ahí que hayamos abordado la cuestión ontológica y epistemológica, que si bien nosotros las tomamos, principalmente, para introducirnos a cierta manera de ver el mundo (y abordar desde ahí a la Identidad), por sí mismas pueden servir de ejes a la reflexión en torno a la Identidad, por ejemplo, como aquí lo esbozamos, en términos de realidad psíquica y realidad ‘externa’ o a la manera de la Epistemología, en términos de la problemática entre las categorías de sujeto y objeto.

Algo similar ocurre con lo que expusimos referente al vínculo del sujeto con el lenguaje y con lo social pues, se dejan ver otros puntos de reflexión en torno a la Identidad que resultarían interesantes de trabajar; nos referimos a pensarla en términos de cómo se juega en los registros de lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real.

Ahora, respecto al objetivo central de nuestro trabajo, que consistía en analizar y proponer desde una perspectiva psicoanalítica una manera de conceptualizar la identidad, su génesis y los elementos necesarios para constituirse, podemos decir ya, de manera resumida que la identidad puede verse como un precipitado de identificaciones, que se diferencia a través de una serie de identificaciones que se presentan a nivel Inconciente, de

ahí que, entre otras cosas, no le sea fácil a cada sujeto responder a la pregunta “¿Quién soy yo?” Como tampoco sepa en ocasiones, por ejemplo, porqué actúa como lo hace y porqué piensa como lo hace.

La identidad, vista desde el psicoanálisis, cumple una función “imaginaria”: dar la ilusión de completud, unidad y coherencia al sujeto y aquí nosotros remarcamos su ‘volatilidad’ e intercambiabilidad pero sobre todo el ver en ella una actividad más del comercio intersistémico del que habla Freud en su obra.

De aquí también que en la génesis del sujeto y de su identidad el (O)tro sea indispensable pues se va conformando a partir de éste, lo cual nos puede llevar a decir que en la emergencia del sujeto y de su identidad, así como en su permanencia o mantenimiento, se conjugan aspectos psicosociales.

Para finalizar queremos expresar algunas paradojas sobre el concepto de identidad, vistas desde una perspectiva psicoanalítica:

La primer paradoja es que, si bien el concepto de Identidad no pertenece estrictamente al campo psicoanalítico, lo hemos abordado desde ahí y creo ha sido productivo.

Otra paradoja del concepto de Identidad es que, a veces, remite a la idea de que un sujeto pueda ser “igual a sí mismo” pero aquí, al apelar al Psicoanálisis y al Inconciente, ya no puede haber tal cosa, ya no hay lugar para tal expresión puesto que la escisión que marca al sujeto del que hablamos no permite la coincidencia del sujeto consigo mismo.

Muy similar a lo anterior la noción de Identidad, en ocasiones, parece implicar cierta “unidad” del sujeto; sin embargo, para nosotros esta puede ser una “función” de la identidad puesto que pretende ocultar la pluralidad y las contradicciones del sujeto y de la psique.

Resulta también paradójico que si bien decíamos que la Identidad pertenece al sujeto, al argumentar que dicha identidad se da por identificación, tenemos entonces que se configura en la alteridad, es decir, en el Otro y podemos agregar que es en la alteridad donde se mantiene.

Por último, afirmamos desde el inicio de nuestro trabajo que la Identidad requería del lenguaje, no obstante, también requiere de ‘lo otro del lenguaje’ dado que si bien la identidad permite al sujeto existir en el mundo humano al mismo tiempo se funda y remite a vida no pronunciada.

La identidad vista desde la Psicología, la sociología y la antropología puede dar la impresión de que es aquello más íntimo del sujeto y que por eso resulta de crucial importancia, trayendo con ello la connotación de que el sujeto puede coincidir consigo mismo: saber quién es y qué quiere y entonces se emprende todo un trabajo de “autoconocimiento” que, no obstante, aún y con todo lo mucho que pueda decir y sentir el sujeto que se conoce sigue actuando, por momentos, contradictoriamente, sigue planteándose de vez en cuando las cuestiones antes señaladas, **continúa buscando**. A nuestra manera de ver éste denominado autoconocimiento es relativo pues representa solamente una parte del sujeto.

Creemos que en la Identidad del sujeto no solamente intervienen elementos Concientes, volitivos sino también Inconcientes y Preconcientes. Que la Identidad es algo así como un síntoma, una elaboración en la que intervienen los tres sistemas del aparato anímico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Abbagnano, N. (1963). Diccionario de Filosofía. FCE, México.
2. Aguado, I. , Avendaño, C y Contreras O. (1997). La educación frente a los valores y el medio social. En: II Seminario Internacional sobre Formación Ambiental Valores y Corrupción Memorias pre-congreso. FES Iztacala, UNAM
3. Aguado, I; González, M. L; Jacobo, L; Pantoja, M. T; Velasco, J. y Díaz, M. (sin fecha). Consideraciones Generales en Torno al Método Psicoanalítico. Material Didáctico de Circulación Interna del Área de Psicología Social Teórica. FES Iztacala, México.
4. Aguilera, A. (1993). Salvación de la apariencia. En Cruz, M. Individuo, Modernidad, Historia. Tecnos, Madrid.
5. Aguilera, A. (1996). El sujeto escindido. En: Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
6. Amuchástegui, A. (1996). El significado de la virginidad y la iniciación sexual. En: Szasz, I. y Lerner, S. Para comprender la subjetividad. El Colegio de México, México.
7. Andión, G. E. (1992). Germen y quimera: la tradición identitaria en la comunicología. En: Versión Vol. II; UAM-X, México.
8. Baz, T. M. (1994). Metáforas del cuerpo. Tesis de Doctorado, Facultad de Psicología UNAM.
9. Baz, T. M. (1998). La dimensión de lo colectivo: reflexión en torno a la noción de subjetividad en la psicología social. En: Tras las huellas de la subjetividad. UAM-X, México.

10. Birulés, F. (1993). Micrologías ¿Auge del individuo o muerte del sujeto? En: Cruz M. Individuo, Modernidad, Historia. Tecnos, Madrid.
11. Birulés, F. (1996). Del sujeto a la subjetividad. En: Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
12. Braunstein. N. (1990). Goce. Siglo XXI, México.
13. Canales, M. y Peinado, A. (1995). Grupos de discusión. En : Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
14. Casanova, P. y Manero, R. (1990). Las profesiones en México No. 6; UAM-X, México
15. Castoriadis, C. (1983). La institución imaginaria de la sociedad 1. Tusquets, Barcelona.
16. Castoriadis, C. (1992). El psicoanálisis, proyecto y elucidación Nueva visión, Argentina.
17. Castro, R. (1996). En busca del significado: supuestos alcances y limitaciones del análisis cualitativo. En: Szasz, I. y Lerner, S. Para comprender la subjetividad. El Colegio de México. México.
18. Cruz, M. (1996). Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
19. Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (1995). Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
20. Devalle, S. (1997). Territorio, bosques y continuidad histórica: derechos indígenas y

recursos naturales. En: II Seminario Internacional sobre Formación Ambiental, Valores y Corrupción Memorias pre-congreso. ENEPI- UNAM.

21. Devereux, G. (1987). De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. Siglo XXI, México.

22. Fernández, C. (2002). La especificidad epistemológica del psicoanálisis. En: Aguado I.; Avendaño, C. y Mondragón, C. (coords.). Historia, Psicología y subjetividad. FES Iztacala, UNAM

23. Fernández, L. (1998). La subjetividad: opaco objeto de conocimiento. En: Tras las huellas de la subjetividad. UAM-X, México.

24. Follari, R. (dato no disponible). Consideraciones críticas acerca de la epistemología de la psicología social.

25. Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: Obras Completas. Vol. IV; Amorrortu, Buenos Aires.

26. Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En: Obras Completas. Vol. VII; Amorrortu, Buenos Aires.

27. Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En: Obras Completas. Vol. XIV; Amorrortu, Buenos Aires.

28. Freud, S. (1915). Duelo y Melancolía. En: Obras Completas. Vol. XIV; Amorrortu, Buenos Aires.

29. Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En: Obras Completas. Vol. XVIII; Amorrortu, Buenos Aires.

30. Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En: Obras Completas, Vol. XVII; Biblioteca Nueva, Buenos Aires.
31. Freud, S. (1938). Esquema de Psicoanálisis. En: Obras Completas. Vol.; Amorrortu, Buenos Aires.
32. Freud, S. (1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess [1892-1899]. Manuscrito N (31 de mayo de 1897). En: Obras Completas. Vol. I; Amorrortu, Buenos Aires.
33. Gerber, D. (1988). Los cuatro discursos y la educación. En: Cuadernos de formación docente No. 26, p. 147. ENEP-Acatlán.
34. Gerber, D. (1990). El discurso y el amor. En: La nave de los locos, No. 15. Ed. Lust, Morelia.
35. Gerber, D. (1992). El Psicoanálisis en el malestar en la cultura. En: Anamorfosis, No.1; México.
36. Gerber, D. (1995). El Otro, la ley, el deseo. En: Filosofía de la cultura. Universidad Michoacana-Facultad de Filosofía, México.
37. Gerber, D. (1995). Modernidad, Civilización Tecno-científica y Lazo Social. En: Acta Sociológica No. 13, Enero-Abril; pp. 15-31.
38. Giménez, G. (1992). La identidad o el retorno del sujeto en Sociología. En: Versión Vol. II; UAM-X, México.
39. González, J.M. (1996). El individuo y la sociedad. En Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.

40. Gutiérrez, J. y Delgado, J.(1995). Teoría de la observación. En: Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
41. Jaidar, I. (1998). Por los senderos de la subjetividad. En: Tras las huellas de la subjetividad. UAM-X, México.
42. Kosik, K. (1967). Dialéctica de lo concreto. Grijalbo. México.
43. Laplanche, J. y Pontalis J. (1977). Diccionario de psicoanálisis. Labor, Barcelona.
44. Lerner S. (1996). La formación en metodología cualitativa. En: Szasz, I. y Lerner, S. Para comprender la subjetividad. El Colegio de México, México.
45. Lipovetsky, G. (1986). La era del vacío. Anagrama, Barcelona.
46. Mandoki, K. (1992). Estética de la identidad y sus paradojas. En: Versión, Vol. II; UAM-X, México.
47. Manero, R. (1990). Los psicólogos y la implicación. En: Las profesiones en México, No. 6; UAM-X, México.
48. Moreno, S. (1997). El conflicto ambiental y las acciones estratégicas de los sujetos. En: II Seminario Internacional sobre Formación Ambiental, Valores y Corrupción. Memorias pre-congreso. FES Iztacala, UNAM.
49. Noya, F. (1995). Metodología, contexto y reflexividad. Una perspectiva constructivista y contextualista sobre la relación cualitativo-cuantitativo en investigación social. En: Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.

50. Pardo, J. (1996). El sujeto inevitable. En: Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
51. Paris, M. (1990). Crisis e identidades colectivas en América Latina. UAM-Plaza y Valdés, México.
52. Pereña, F. (1995). Formación discursiva, semántica y psicoanálisis. En: Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
53. Perrés, J. (1988). El nacimiento del psicoanálisis. Plaza y Valdés UAM-X. México.
54. Perrés, J. (1989). La problemática de la realidad en la obra de Freud: sus repercusiones teóricas y epistemológicas. En: Suárez, A. Psicoanálisis y realidad. Siglo XXI. México.
55. Perrés, J. (1998). La categoría de subjetividad, sus aporías y encrucijadas: apuntes para una reflexión teórico-epistemológica. En: Tras las huellas de la subjetividad. UAM-X, México.
56. Recio, F. (1995). Análisis del discurso y teoría psicoanalítica. En: Delgado, J. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
57. Ricoeur, P. (1991). Life in quest of narrative. En: Wood, O. On Paul Ricoeur. Routledge, Londres.
58. Ricoeur, P. (1991). Narrative Identity. En: Wood, O. On Paul Ricoeur. Routledge, Londres.

59. Riffet-Lemaire, A. (1981). Lacan. Hermes Sudamericana, Buenos Aires.
60. Rivas, M. (1996). La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad. En: Szasz, I. y Lerner, S. Para comprender la subjetividad. El Colegio de México, México.
61. Santamarina, C. y Marinas, J. (1995). Historia de vida e historia oral. En: Delgado, J. y Gutiérrez, J. Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales. Síntesis, Madrid.
62. Vargas, L. E. (1998). ¿Subjetividad del sujeto o el sujeto de la subjetividad? En: Tras las huellas de la subjetividad. UAM-X, México.
63. Vicens, A. (1996). El yo y lo psíquico. En: Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
64. Vilar, G. (1996). La identidad y la práctica. En: Cruz, M. Tiempo de subjetividad. Paidós, Barcelona.
65. Zarco, M.A. (1997). Teoría y práctica de los valores en la formación ambiental. En: II Seminario Internacional sobre Formación Ambiental, Valores y Corrupción. Memorias pre-congreso, FES Iztacala, UNAM.
66. Zaretzky, E. (1978). Familia y vida personal en la sociedad capitalista. Anagrama, Barcelona.